

Benjamín Martín Sánchez
Profesor de Sagrada Escritura y canónigo
de la S.I. Catedral de Zamora

BREVE HISTORIA DEL PUEBLO DE ISRAEL

**Desde sus orígenes hasta
los últimos tiempos**

PROFECIAS CUMPLIDAS

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Nihil obstat
El Censor
Antonio Martín Llamas
Lic. en S.S.
Zamora 15 de enero de 1993

Imprimatur
Lic. Agustín Montalvo
Vicario General

ISBN 84-7693-248-0
Depósito Legal: B. 30076-93
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Israel es un pueblo misterioso del que ya he hablado en otro libro hoy agotado y titulado ISRAEL Y LAS PROFECIAS (el que ha sido ya traducido al inglés, al francés, al italiano y al portugués) y del que el Dr. David G. Maeso, Catedrático de hebreo en la Universidad de Granada dio este juicio: «Su libro ISRAEL Y LAS PROFECIAS me ha impresionado: es un trabajo macizo, bien pensado, de abundantísima documentación bíblica, que ha de ser bien recibido por todos los espíritus generosos y desde luego, excepciones aparte, por los propios hijos de Israel».

De este pueblo, que fue un día elegido por Dios, tan perseguido y humillado y que un día tendrá un fin glorioso, quiero volver a hablar para hacer un breve resumen de su historia, historia que nos interesa recordar a través de las

páginas de la Biblia, y conocer en sus principales detalles por cuanto el mundo está relacionado con su porvenir.

La historia de Israel es la de un pueblo que trae origen de Abraham, de Isaac y de Jacob. Establecido un día en Egipto fue liberado por Moisés y acaudillado por él a través del mar Rojo y del desierto de la península del Sinaí hasta Palestina, la Tierra de Promisión.

Este pueblo, por ser el elegido por Dios, como iremos viendo, Él interviene en todos sus acontecimientos, y por mi parte, espero que este pequeño estudio abra horizontes a los estudiosos de la Biblia, y reconozcan que «los destinos del pueblo de Israel, el más admirable de la tierra, lo mismo que los de la humanidad entera, están en manos del Altísimo, Soberano del mundo».

Mi visión sobre el futuro de Israel y del mundo se apoya en las predicciones de Cristo y de los profetas; ellos son los que nos deben mover a reflexionar sobre los grandes acontecimientos que se anuncian y parecen avecinarse.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, 1 enero 1993

EL PUEBLO DE ISRAEL SU ORIGEN

Dios habla a Abraham

Después del diluvio universal, andando los siglos, como se pervirtieran los descendientes de Noé, haciéndose idólatras, Dios en su bondad siguió amando a los hombres y quiso formar un pueblo para sí. A este fin escogió y llamó a Abraham, de entre aquella generación mala, para que fuera padre de este pueblo. Abraham vivía en Ur de Caldea sobre el año 2000 antes de Cristo.

Dios dijo a Abraham: Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que Yo te indicaré; Yo te haré un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre... y serán benditas en ti todas las naciones de la Tierra (Gén. 12,1-3).

La vocación de Abraham es muy importante, porque con él empieza la historia de la redención del género humano.

De la futura descendencia de Abraham nacería un día el Mesías, Jesús de Nazaret. Así puede verse en la partida de nacimiento de Jesús, la que tenemos en el capítulo primero de San Mateo. Empieza así: «*Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, etc., y termina así: Jacob, el esposo de María de la cual nació Jesús, llamado Cristo*». (Jesucristo, pues, tuvo dos nacimientos: *uno eterno*, «nacido del Padre antes de todos los siglos», y *otro temporal*; nacido en el tiempo de María Virgen. Él, siendo Dios, quiso hacerse hombre y vivir entre los hombres, y en el Evangelio tenemos su vida, sus milagros y sus enseñanzas.)

San Pablo, interpretando el pasaje citado del Génesis, dice: «*En TI, en uno de tus descendientes, que es Cristo, serán benditas todas las naciones de la tierra*» (Gál. 3,16).

Dios hizo una promesa a Abraham y luego a su hijo Isaac y más tarde al hijo de éste, o sea, a Jacob, de darle una descendencia numerosa, y como señal empieza haciendo una alianza con Abraham, cambiándole el nombre de *Abram*

(padre excelsa) por *Abraham* (= padre de multitudes)...

Lo más notable en Abraham es su fe, por la que se llamó «*padre de los creyentes*» (Rom. 4,11). Su fe fue, ciertamente, muy grande, pues habiéndole prometido Dios una descendencia como las estrellas del cielo..., ve pasar los años sin tener hijos y su mujer es estéril, y él aún sigue creyendo en la promesa, y a los cien años le da un hijo, Isaac, y cuando éste es mayorcito le dice: «*Vete ahora con él al monte Moriah y lo sacrificas*». El obedeció, y según iba, se decía: Ya que Dios me ha dicho que mi descendencia será como las estrellas del cielo, «*poderoso es Él para resucitarlo*»..., y al irlo a matar, un ángel detiene su mano, diciéndole: «*¡Abraham, Abraham!... No extiendas tu brazo sobre el niño, ni le hagas nada, porque ahora sé que temes a Dios, porque no has rehusado darme tu único hijo*» (Gén. 22,11-12).

Después de haber hablado Dios a Abraham, habló también a su hijo Isaac renovando la misma promesa... y después a Jacob, a quien Dios le cambió su nombre por el de *Israel*, y por eso los judíos se llaman *israelitas*.

Jacob tuvo doce hijos, que fueron cabezas de las doce tribus de Israel y cuyos nombres son:

Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. De estos doce, los más pequeños eran José y Benjamín. Al que más quería Jacob era a José, *«porque le había tenido en su vejez, y por eso le hizo una túnica de varios colores»*. Este hecho despertó envidia en sus hermanos y se acentuó por unos sueños que les contó. Uno de estos sueños fue éste: *«Veía que el sol, la luna y once estrellas se postraban ante mí»* (Gén. 37,6-9). Su padre y sus hermanos que lo oyeron, comprendieron en seguida su significado, y dijeron: ¿Es que vas a reinar sobre nosotros y nos vamos a postrar ante ti? A causa de estos sueños se llenaron más de envidia y le odiaron.

Historia de José

Un día dijo Jacob a José: *«Tus hermanos han ido a Siquén a apacentar sus ganados, vete a ver si están bien y vuelve a decírmelo»*. Fue José en busca de sus hermanos, y éstos, al verlo de lejos, concibieron el proyecto de matarlo. *«Se decían unos a otros: ahí viene ese soñador. Vamos a matarle y le arrojaremos en uno de estos pozos*

y diremos: *Una bestia feroz lo devoró, y veremos en qué paran estos sueños. Rubén y Judá querían librarle y dijeron: «No le quitemos la vida», «¿qué ganaríamos con matar a nuestro hermano y ocultar su sangre?»*. Mejor es venderlo. Pasando luego por allí unos ismaelitas se lo vendieron en veinte monedas de plata, y lo llevaron a Egipto (véase su vida en los capítulos 37 y 39 y siguientes del Génesis).

Después de haberlo vendido mataron un cabrito y mancharon con su sangre la túnica de José y se la llevaron a su padre, el cual exclamó al verla: *«Es el vestido de mi hijo, una bestia salvaje lo habrá devorado»*. Y Jacob lloró a su hijo José sin cesar.

José fue luego vendido por los ismaelitas a un hombre de la corte, llamado Putifar. Dios estaba con José y todo le salía bien y su amo lo apreciaba; mas sucedió que su mujer lo incitó a pecar con ella, y él exclamó: *«¿Cómo voy a hacertan gran mal y pecar contra Dios?»*. Luego esta mala mujer, como se quedara con el manto de José, al huir éste, terminó diciendo a su marido que José la había seducido y lo metieron en la cárcel; pero como Dios seguía estando con José, fue muy apreciado por el carcelero, y por unos sueños que tuvo el faraón, rey de Egipto,

al darle José su interpretación, lo elevó a la categoría de Virrey de Egipto. Vinieron unos años de abundancia de trigo en los que José almacenó para los años de escasez, que había de suceder en todo Egipto, y en esos años, cuando faltaban víveres en la tierra de Canaán, los israelitas, o sea, los hijos de Jacob se vieron obligados a ir a Egipto a comprar trigo, todos se presentaron a José, a quien ellos no conocían, pero él los conoció en seguida y después de hacerlos pasar por varias pruebas se dio a conocer a ellos, los que quedaron aterrados al oírle decir: *«Yo soy vuestro hermano José a quien vosotros vendisteis para ser traído a Egipto»*. Todos cayeron a sus pies y así se cumplieron los sueños que él tuvo y que un día les contara.

José añadió: *«Pero ahora no os entristezcáis y no os pese el haberme vendido para aquí, porque Dios me envió delante de vosotros para conservar vuestra vida»* (Gén. 45,4-7). José los perdonó, los consoló y les habló con cariño. La providencia de Dios es admirable, pues vemos cómo permitió la venta de José para Egipto y su elevación como virrey para bien de su familia y salvación de Israel.

Los israelitas se establecen en Egipto

José, una vez que se dio a conocer a sus hermanos, y de abrazarles, para mayor consuelo les dijo: *«No sois vosotros los que me habéis traído aquí, es Dios quien me trajo y me ha hecho padre del faraón y señor de su casa y me ha puesto al frente de toda la tierra de Egipto. Apresuraos, y subid a mi padre, y decidle: «Así dice tu hijo José: Me ha hecho Dios señor de todo el Egipto; baja, pues, a mi sin tardar».*

Cuando los hermanos de José llegaron a presencia de su padre, le dijeron: *«Tu hijo José vive y es señor de todo Egipto».* Al oír esto Jacob, le pareció que despertaba de un profundo sueño: así es que no los quiso creer; pero al contarle cuanto le había sucedido con toda la exactitud y ver los carros del rey y magníficos presentes, se reanimó su espíritu y exclamó: No me queda nada que desear, *«basta que mi hijo José viva, iré y lo veré antes de que yo muera»* (Gén. 45,28).

Trasladóse luego a Egipto con toda su familia, que se componía de setenta personas. José obtuvo para ellos la tierra más fértil, el país de Gesén. Allí estuvieron más de cuatrocientos años y se multiplicaron grandemente hasta formar un

verdadero y numeroso pueblo o nación, según la promesa que Dios hizo a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Este aumento alarmó a los egipcios de tal manera, que uno de los reyes «que no había conocido a José», comenzó a imponerles trabajos y maltratarlos...

Moisés, libertador de Israel

Moisés es una de las figuras más importantes de la historia religiosa de Israel. Él fue su caudillo, su legislador y libertador. Andando los años los descendientes de Jacob (llamados «israelitas» y también «hebreos») al crecer más y más, los egipcios los temieron porque se hacían más numerosos que ellos y los israelitas al ser maltratados y sometidos a duros trabajos y gran esclavitud, Dios hizo que Moisés fuese su libertador.

Al principio del éxodo se nos narra su vida: Cuando nació, su madre lo ocultó durante tres meses; pero no pudo más, porque el faraón o rey de Egipto había dado orden de arrojar a todos los niños de los israelitas al nacer al Nilo, y lo colocó en una cesta embadurnada y la dejó entre los juncos a la orilla del río (Ex. 2,3).

La hija del faraón fue a bañarse al río y vio la

cesta, la abrió y al ver a un niño tan hermoso, se compadeció. María, hermana del niño, estaba observando, y se acercó a la hija del faraón y le dijo: *«¿Quieres que vaya a buscarte entre los hebreos a una nodriza que críe al niño? Ella contestó: Vete. María corrió a llamar a la madre del niño y ella lo crió».*

Más tarde fue llevado a la corte del faraón y educado allí. De esta manera libró a Moisés, que más tarde había de ser el conductor de su pueblo.

Al ser ya mayor Moisés, Dios le dio la misión de sacar a su pueblo de Egipto para conducirlo a la Tierra de Promisión. A este fin Dios se le apareció en una zarza que ardía sin consumirse, y le dijo:

«He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arranca su opresión y conozco sus angustias... Ve, pues, Yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto» (Ex. 3,7ss).

En aquella ocasión Dios le reveló su nombre: **YO SOY** (*Yahvé*) *«el que es»* (el ser por esencia, del que dependen todos los seres de la creación, y el que está con vosotros para asistirlos, defenderlos y haceros felices).

Dios combatió a favor de Israel castigando al

rey y a todo Egipto, porque se oponían a que salieran de allí los israelitas. Dios ya le previno la obstinación del faraón. Moisés, acompañado de su hermano Aarón, se presentó al rey, pero éste no dejó salir a su pueblo, al contrario, lo oprimió con trabajos cada vez más pesados.

Entonces Dios castigó al rey y a su pueblo con terribles plagas. Estas fueron diez que pueden verse descritas en el Exodo (7-10). Estas fueron: 1ª El agua convertida en sangre; 2ª la invasión de ranas; 3ª de mosquitos; 4ª de moscas; 5ª peste mortífera; 6ª tumores; 7ª granizo; 8ª langostas; 9ª tinieblas, y 10ª la muerte de los primogénitos.

A través de estas plagas Dios manifestó su poder. Sólo la última plaga, la muerte de los primogénitos de Egipto, tanto de hombres como de animales, e incluso el hijo del faraón, fue por la que aterrorizado el rey dejó salir de su país a los israelitas.

Cuando estos se iban acercando al Mar Rojo, el faraón se arrepintió de haberlos dejado salir. Entonces Dios intervino para salvar a su pueblo, y dijo a Moisés: *«Alza tu cayado y tiende el brazo sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar a pie en seco...»*.

Los israelitas pasaron entre las aguas que formaron una muralla a derecha e izquierda, y el ejército del faraón que los perseguía fue sepultado en el mar al hacer Dios que las aguas volvieran a su cauce (Ex. 14).

El pueblo de Israel en el desierto.

La Alianza

Cerca de tres meses, después de la salida de Egipto y de andar a pie por el desierto, llegaron los israelitas a la llanura extensa que hay junto al monte. Entonces Moisés subió a la montaña donde se le apareció el Señor y le dijo: *Vosotros habéis visto lo que Yo he hecho a Egipto, y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a Mi. Ahora, pues, si estáis dispuestos a escuchar mi voz y guardar mi alianza seréis mi propiedad sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra y seréis para mi un reino de sacerdotes y una nación santa* (Ex. 19,4-6).

Moisés refirió estas palabras a los israelitas, y el pueblo entero respondió: «*Haremos cuanto ha dicho el Señor*». El pueblo estaba entonces temblando al pie de la montaña y lleno de acatamiento, pues la alianza tenía este contenido: *Por*

parte de Dios, como dueño de toda la tierra, la «elección de Israel» como pueblo preferido, al que protegería..., y *por parte de Israel*, «aceptación incondicional» de la voluntad de Dios manifestada en sus mandamientos, a la que prometieron ser fieles cumplidores...

Después el Señor se dirigió de nuevo a Moisés y le mandó reunir al pueblo en las inmediaciones de la montaña y que los exhortase a que se santificasen y se preparasen para celebrar la manifestación de Dios. Una vez reunido el pueblo, la montaña se cubrió de una densa nube, y después de grandes truenos y el brillar de relámpagos en medio de un profundo y repentino silencio se dejó oír la voz de Dios, que dijo:

—1° *No tendrás otro Dios que a Mi.*

—2° *No tomarás en vano el nombre de Yahvé, tu Dios.*

—3° *Acuérdate de santificar el sábado (el día «del Señor»).*

—4° *Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años...*

—5° *No matarás.*

—6° *No cometerás adulterio.*

—7° *No hurtarás.*

—8º *No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.*

—9º *No desearás la mujer de tu prójimo* (Dt. 5,21).

—10º *No codiciarás la casa de tu prójimo, ni cosa alguna que le pertenezca* (Ex. 20,1-17).

Este Decálogo o diez mandamientos dados por Dios a Moisés encierran la afirmación de un Dios único y exclusivo. Son por tanto de origen divino y ellos anuncian los principales puntos de la ley natural, valederos para todos los tiempos y en todos los lugares, y Dios mismo los ha grabado en el corazón de todos los hombres (Rom. 1,19; 2,15).

Dios mandó guardar «el Sábado». Ahora en el N. T. es «el domingo», llamado «día del Señor», porque en domingo resucitó Él. En época de los primeros cristianos ya se reunían en domingo para conmemorar la resurrección del Señor (Hech. 20,7-12).

El Conc. Vaticano II nos dice: «La Iglesia por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra cada ocho días el día que es llamado con razón “día del Señor” o domingo» (SC. 102).

La felicidad de Israel y de todos los pueblos

Moisés sigue hablando a Israel de parte de Dios y les dice: *«Seguir en todo los caminos que Yahvé, vuestro Dios, os prescribe para que seáis dichosos... Estos son los mandamientos que me mandó os enseñase, para que los cumpláis en la tierra en que vais a entrar y vais a poseer, para que temas a Yahvé, tu Dios, tu y tus hijos y los hijos de tus hijos, y guardes todos los días de tu vida todos sus mandamientos que yo te inculco y vivas largos años.*

Escúchalos, Israel, y ten sumo cuidado en ponerlos por obra, para que seas dichoso y os multipliquéis grandemente...

¡Oye, Israel! Yahvé es nuestro Dios. Yahvé es único. Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro de tu corazón todos estos mandamientos que hoy te doy. Incúlcalos a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Átalos a tus manos para que te sirvan de señal: pónelos en la frente, entre tus ojos; escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas.

Cuando Yahvé tu Dios, te introduzca en la tierra que a tus padres Abraham, Isaac y Jacob juró darle, ciudades grandes y hermosas que tu no has edificado, casas llenas de toda suerte de bienes que tu no has llenado, cisternas que tu no has excavado, viñas y olivares que tu no has plantado; cuando comas y te hartes, guárdate de olvidarte de Yahvé, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. Teme a Yahvé, tu Dios; sírvele a Él y jura por su nombre. No te vayas tras otros dioses, tras alguno de los dioses de los pueblos que te rodean; porque Yahvé, tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso y su cólera se encendería contra ti y te exterminaría de sobre la tierra.

Guardad con gran cuidado los mandamientos que Dios os da. Haz lo que es recto y bueno a los ojos de Yahvé, para que seas dichoso... Cuando un día te pregunte tu hijo, diciendo: ¿Qué son estos mandamientos que Yahvé, nuestro Dios nos ha prescrito?, tu responderás a tu hijo: Nosotros éramos en Egipto esclavos del faraón, y Yahvé nos sacó de allí con su potente mano e hizo a nuestros ojos grandes milagros y prodigios terribles contra el faraón y contra toda su casa, y nos sacó de allí para conducirnos a la tierra que con juramento había prometido a nuestros padres.

Yahvé nos ha mandado poner por obra todas sus leyes y que le temamos para que seamos dichosos siempre» (Cap. 6 Dt.).

Israel, pueblo elegido por Dios

Moisés dijo a Israel en nombre de Dios: «Tu eres un pueblo santo para Yahvé, tu Dios. Él te ha elegido para que seas pueblo peculiar suyo entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra. No es por ser vosotros los más en número entre todos los pueblos, se ha prendado de vosotros, pues sois el más pequeño de todos, sino porque Yahvé os amó y para guardar el juramento que hizo a vuestros padres, os ha sacado de Egipto con mano poderosa, rescatándoos de la casa de la servidumbre, de la mano del faraón, rey de Egipto, por donde has de conocer que Yahvé, tu Dios, es el Dios verdadero, el Dios fiel, que guarda la alianza y la misericordia hasta mil generaciones a los que aman y guardan sus mandamientos; pero a quien le aborrece le da el pago en su misma cara, destruyéndolo.

Si practicas sus mandamientos, te amará, te bendecirá y te multiplicará, bendecirá el fruto de tus entrañas y el fruto de tu suelo, tu trigo, tu

vino y tu aceite, las crías de tus vacas y de tus ovejas en la tierra que a tus padres juró darte. Serás bendito sobre todos los pueblos, no habrá estériles sobre ti ni en tus ganados. Yahvé alejará de ti las enfermedades, no mandará sobre ti ninguna de las plagas malignas de Egipto, que tu conoces, y afligirá con ellas a los que te odien. Devorará a todos los pueblos que Yahvé, tu Dios, va a entregarte; tus ojos no los perdonarán y no servirás a sus dioses, porque eso sería para ti la ruina.

Y si te se ocurriese decir: ¿Cómo voy a poder expulsar a esas naciones, que son más numerosas que yo? No los temas; acuérdate de lo que Yahvé, tu Dios, hizo con el faraón y con todo el Egipto... No los temas, porque en medio de ti está Yahvé, tu Dios, el Dios grande y terrible. Él expulsará esas naciones poco a poco...; nadie podrá resistirte hasta que los hayas destruido (Dt. 7,6ss).

La tierra en que vais a entrar para poseerla es una tierra de montes y valles, que riega la lluvia del cielo; es una tierra que cuida Yahvé, tu Dios, y sobre la cual tiene puestos sus ojos, desde comienzo del año hasta el fin... Pero cuidado mucho de que no se deje seducir vuestro cora-

zón, y, desviándoos, serváis a otros dioses y os postréis ante ellos. Porque se encenderá la ira de Yahvé contra vosotros y cerraría el cielo, y no habría más lluvia y la tierra no daría más frutos, y desapareceríais presto de la buena tierra que Dios os da...

Mirad que hoy os pongo delante bendición y maldición; la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís...» (Dt. 11, 11ss).

¡Ojalá cumplieseis siempre mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos! (Dt. 5, 29).

(En los capítulos 26 del Levítico y en el 28 del Deuteronomio se pueden ver las bendiciones y maldiciones de Dios..., y como veremos el pueblo de Israel fue infiel a su Dios y por sus rebeldías sufrió sus castigos.)

Infidelidades de Israel: el becerro de oro

El pueblo de Israel, después de tantas advertencias, dejó pronto de ser fiel a los mandamientos de Dios, pues a tantos favores recibidos respondió con la ingratitud más monstruosa.

Moisés subió al monte Sinaí para aprender de Dios las cosas necesarias al gobierno de su pueblo, y como permaneciera allí cuarenta días (donde el Señor le dio el Decálogo, escrito en dos tablas de piedra, llamadas por ello «Tablas de la Ley»), cansados los israelitas de tanta tardanza, se presentaron a Aarón y le dijeron: *«Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, ya que no sabemos que ha sido de ese Moisés, que nos sacó de Egipto»*.

Entonces Aarón, sea por temor de sus amenazas, sea por distraer a los israelitas de su propósito impío, les respondió: *«Traedme aquí los pendientes de oro de vuestras mujeres e hijas»*, y los fundió y formó un becerro y edificaron un altar, y ante él ofrecieron sacrificios y comían y bailaban a manera de paganos.

Quebrantada así la alianza y a la vista de aquel pecado de idolatría y tanta infidelidad, Dios se irritó y amenazó con destruirlos a todos, y habló así a Moisés:

«Muy pronto se han apartado del camino que Yo les prescribí. Se han hecho un becerro de fundición y se han postrado ante él diciendo: Israel, éste es tu Dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto. Y dijo Yahvé a Moisés: Veo que

este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Déjame que se encienda ahora mi cólera contra ellos y los consuma. Yo haré de ti un gran pueblo... Moisés imploró perdón... y dijo: Perdona la iniquidad de tu pueblo... Y Yahvé se arrepintió del mal que había dicho haría a su pueblo» (Ex. 32,1-14).

Cuando Moisés bajó del monte y vio aquella abominación se encolerizó y arrojó al suelo las Tablas de la Ley, de modo que se quebraron. Tomando después el becerro, le hizo pedazos y lo redujo a polvo, y aún Dios castigó a su pueblo, pero no como merecía, debido a la oración de Moisés: *«Oh, este pueblo ha cometido un gran pecado, fabricándose un dios de oro; ahora perdona su pecado; y si no, bórrame de tu libro que has escrito».*

Milagros a favor de Israel

Un día toda la asamblea de los hijos de Israel se dio a murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto y les decían: *«¡Quién nos diera que muriéramos a manos de Yahvé en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y nos hartábamos de pan! Nos habéis traído al*

desierto para matar de hambre a toda esta muchedumbre».

Entonces el Señor dijo a Moisés: *«Yo haré llover sobre vosotros pan del cielo, y el pueblo saldrá a recoger cada día la porción necesaria... Esta tarde os dará Yahvé carne para comer y a la mañana pan en abundancia»* (Ex. 16). Y por la tarde bajó una nube de codornices sobre los campos y junto a sus tiendas, las cuales se dejaron coger fácilmente. Por la mañana siguiente el desierto apareció cubierto de pequeños granitos blancos como una especie de escarcha, y los israelitas admirados exclamaron: *«¿Manhú = que es esto?»*. Moisés les dijo: *«Este es el pan que el Señor os da para vuestro alimento. Los granitos tenían el sabor de pan amasado con miel.*

Los hijos de Israel comieron el maná durante cuarenta años hasta que llegaron a la tierra habitada (Ex. 16).

Otro día, los israelitas acosados de sed, se querellaron contra Moisés y tentaron a Dios. Entonces Moisés, por mandato de Dios, golpeó una roca con su vara y manó agua en abundancia para ellos y sus ganados. Al lugar aquel se llamó *Masá* (= tentación) y *Meribá* (= querella).

Esta fue otra obra milagrosa en favor de Is-

rael (X.17). «Los israelitas tenían ojos y no veían las maravillas de Dios, tenían oídos y no oían tanta grandeza...». Por eso Jesucristo diría un día que les hablaba en parábolas *«para que mirando, miren y no vean, oyendo, oigan, y no entiendan; no sea que se conviertan...»* (Mc. 4,12). Expresión muy dura, pero tiene su explicación: Los judíos veían sus grandes milagros (como otro día sus antepasados vieron el maná y agua manando de una roca...) y oían las grandezas del Señor y a veces cerraban los oídos a las palabras del Señor para no convertirse, y por eso les dio un espíritu de adormecimiento por oponerse a la verdad y no querer corresponder a sus gracias. no es, pues, Dios el que no quiere que se conviertan, son ellos: Al que cierra la ventana para que no entre el sol en la habitación, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?...

El gran castigo en el desierto

Para darnos cuenta de este gran castigo, hemos de tener presente que cuando llegaron los israelitas cerca de la frontera de Canaán, la tierra prometida, envió Moisés, por orden de Dios a doce exploradores, uno por cada tribu, para que

se informasen de la naturaleza del país y de la fuerza de sus habitantes. Entre ellos iban Josué y Caleb, muy apreciados del pueblo por su virtud.

Partieron para Palestina, y visitaron aquella tierra prometida por Dios, y a los cuarenta días volvieron, trayendo riquísimos frutos, entre los cuales había un sarmiento de vid con un racimo tan extraordinariamente grande que se necesitaban dos hombres para transportarlo.

Ellos dijeron que era un país muy hermoso y rico, que manaba leche y miel, pero diez de ellos insistieron ante el pueblo que sus habitantes eran muy fuertes y gigantes invencibles, que no era posible vivir entre ellos.

Al momento manifestó el pueblo su terror y espanto y murmuraron contra Moisés y contra Dios. Entonces Josué y Caleb dijeron:

«¡Subamos, subamos luego!... La tierra que hemos recorrido para explorarla es muy buena, y si agradamos a Yahvé, nos llevará a esa tierra que mana leche y miel y nos la dará con tal que no os rebeléis contra Él, ni temáis al pueblo de esa tierra... ¡Con nosotros está Yahvé, no los temáis!» (Núm. 13,30-14).

Todos querían apedrear a Josué y Caleb y

volverse a Egipto, y decían: «¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto o en este desierto!».

Moisés intercedió por ellos para que Dios no los destruyera, y en atención a su oración les perdonó, pero obraría conforme al deseo del pueblo, morirían en el desierto. He aquí el gran castigo:

Yahvé habló a Moisés y Aarón diciendo: «¿Hasta cuándo ha de seguir murmurando contra Mi este pueblo perverso? Diles: En este desierto caerán vuestros cadáveres. De cuantos fuisteis inscritos en el censo, todos los de veinte años para arriba, que habéis murmurado contra Mi, de ninguna manera entraréis en la tierra que con juramento prometí daros por habitación, excepto Caleb, hijo de Jefoné, y Josué, hijo de Num.

Vuestros hijos andarán errantes por el desierto cuarenta años, llevando sobre sí vuestras infidelidades, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. Los años que llevaréis sobre vosotros vuestras iniquidades serán tantos como fueron los días que explorasteis la tierra: cuarenta años contando año por día, y así conoceréis mi aversión por vosotros. Yo,

Yahvé, Yo lo digo. Así haré con esta perversa muchedumbre, que se ha levantado contra Mí. En este desierto se consumirán, en él morirán» (Núm. 14,29-35).

En el mismo instante los diez exploradores infieles murieron de muerte repentina por castigo de Dios. Sentencia severa, pero justa e irrevocable. La travesía de Egipto a la Tierra Prometida la podían haber hecho en poco tiempo, pero por el pecado de su incredulidad tardarían en llegar a ella cuarenta años. (San Pablo dirá: La historia de Israel es una enseñanza para nosotros: 1 Cor. 10,5-11).

Nuevo castigo, el de Coré, Datán y Abirón

Ni castigos ni amenazas bastaban para oponerse a las rebeliones de aquel pueblo incorregible. Poco tiempo después 250 hombres capitaneados por el levita Coré, que aspiraba al Sumo Sacerdocio, y por Datán y Abirón, que pretendían ocupar el puesto de Moisés, se rebelaron contra Aarón y Moisés... Pero Moisés después de orar al Señor, se dirigió a los amotinados, diciéndoles:

«Mañana pondrá el Señor de manifiesto su

elegido, y quién es el santo para acercarse a Él...». Después dijo Dios a Moisés y a Aarón: «Apartaos de este pueblo que Yo lo voy a destruir en un momento». (Moisés se interpuso diciendo): «¿No es uno el que ha pecado? ¿Por qué te airas contra todo el pueblo?». Yahvé contestó entonces a Moisés diciendo: «Habla al pueblo y diles: Retiraos de en derredor del Tabernáculo y de las tiendas de Coré, Datán y Abirón» (Núm. 16,5,20-24).

La muchedumbre se apartó de alrededor de las tiendas de Coré, Datán y Abirón, y luego se abrió repentinamente la tierra debajo de los pies de los tres rebeldes, y se los tragó juntamente con sus tiendas y cuanto poseían.

En el mismo instante vino fuego del Tabernáculo que dejó muertos a los 250 que, rebelándose contra Moisés y Aarón, estaban ofreciendo incienso contra la voluntad del Señor. Así demostró Dios que estos eran sus representantes.

Conquista de la Tierra Prometida

A través de todo el viaje por el desierto, en el que sufrió tanto Moisés, podemos apreciar la infinita paciencia de Dios que perdona las infi-

delidades de Israel... y lo sigue encaminando hacia la tierra prometida.

Moisés tenía 120 años. Al revelarle Dios que se hallaba cercana su muerte, reunió a todos los hijos de Israel alrededor del Tabernáculo y les dijo: Voy a morir en este desierto. Dios me ha dicho: *«Tu no pasarás este Jordán»*. No entraré, pues, en la excelente tierra prometida con vosotros. Sed fieles a la alianza del Señor, que os dio tantas pruebas de benevolencia y obró tantos prodigios en favor vuestro. Amadle, escuchad su voz, guardad sus mandamientos. Si así lo hacéis os bendecirá; si quebrantáis su ley, caerán sobre vosotros grandes males.

Luego, por mandato del Señor, Moisés puso las manos sobre Josué en presencia de todo el pueblo, a fin de que lo reconocieran como sucesor suyo y le obedecieran. A continuación Dios ordenó a Moisés que subiera al monte Nebo, y en él se le apareció para mostrarle la tierra prometida y le dijo: *«Mira la tierra de Canaán que voy a dar en posesión a los hijos de Israel... Esta es la tierra que juré dar a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia se la daré. Te lo hago ver con tus ojos, pero no entrarás en ella»* (Dt. 32,49;34,4). Moisés expiró en aquel monte apacible y santamente.

Todo Israel lo lloró por espacio de treinta días. *«No ha vuelto a surgir en Israel otro profeta semejante a Moisés, con quien Yahvé tratase cara a cara»* (Dt. 34,10).

Misión de Josué. Dios nombró a Josué, hijo de Num, como sucesor de Moisés, y a él después de la muerte del mismo Moisés, le habló así:

«Misiervo Moisés ha muerto, levántate, pasa el Jordán tú y tu pueblo, a la tierra que Yo doy a los hijos de Israel. Nadie podrá resistir ante ti en todos los días de tu vida, pues estaré contigo como he estado con Moisés. No te abandonaré, no te dejaré. Esfuérzate, se valiente» (Jos. 1,2-6).

Josué fue conocido unánimemente por jefe de las tribus de Israel, y Dios mismo confirmó su elección y autoridad. Entonces, por orden de Josué, todo el pueblo se puso en marcha, y fue a acampar aquella noche a orillas del río Jordán, en donde se dispusieron para la marcha.

Llegando el momento de partir, pasaron todos el Jordán conforme a la orden dada por Dios a Josué: *«Cuando los sacerdotes que llevan el Arca de Yahvé, Señor de toda la tierra, pongan la planta de sus pies en las aguas del Jordán, éstas se cortarán y las que bajan de arriba se pararán en montón»* (Jos. 3,11).

En efecto las aguas que bajaban se detuvieron, formando un muro altísimo que se distinguía a la distancia de más de cincuenta kilómetros, mientras las aguas de abajo siguieron su curso hasta el mar Muerto, dejando en seco el cauce del río, y así pasó todo el pueblo.

Los israelitas celebraron la Pascua en los llanos de Jericó, y desde entonces comieron de los frutos de la tierra y cesó el maná (Jos. 5,10-11).

Conquista de Jericó

Un ángel del Señor se apareció a Josué, y le reveló lo que había de hacer para tomar Jericó. Dios le había prometido que tomarían la ciudad y cómo entregaría en sus manos a su rey y todos sus habitantes.

Una vez que quedó cumplida la orden de Dios (léase Jos. 6,1-5), la ciudad quedó destruida derrumbándose sus murallas, y todos sus habitantes fueron pasados a filo de espada. Tanto Jericó como los otros pueblos de Canaán, eran pueblos idólatras, llenos de vicios torpísimos, y por eso Dios los mandó exterminar y para que no pervirtiesen a su pueblo escogido (Véase Dt. 7,4-7; 9,4-5; 12,30-31).

Además todo pecado es digno de castigo, y Dios, como dueño de la vida de los hombres, puede castigar según justicia a estos si no cumplen el fin para que fueron creados por Él.

Veamos las órdenes dadas por Dios y los vicios de los cananeos. *«Cuando Yahvé tu Dios, te introduzca en la tierra que vas a poseer y arroje delante de ti a muchos pueblos..., siete naciones más numerosas y más poderosas que tu; y Yahvé tu Dios, te las entregue, y tu las derrotes, las darás al anatema, no harás pacto con ellas ni les harás gracia. No contraigas matrimonios con ellas, no des tus hijas a sus hijos, porque ellas desviarían a tus hijos de en pos de Mi y los arrastrarían a servir a otros dioses, y la ira de Yahvé se encendería contra vosotros y os destruiría prontamente.*

Así, por el contrario, habrás de hacer con ellos: derribaréis sus altares... daréis al fuego sus imágenes talladas, porque eres un pueblo santo para Yahvé tu Dios, el que te ha elegido para ser el pueblo de su porción entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra» (Dt. 7,1-6).

¿Quiénes eran los cananeos?

En el libro de la Sabiduría (cap. 12), se nos habla de los vicios de los cananeos, y así podremos juzgar rectamente de las órdenes dadas por Dios en la conquista de aquellos pueblos:

«...Y porque aborrecía a los antiguos habitantes de tu Tierra Santa, que practicaban obras detestables de magia, ritos impíos, y eran crueles asesinos de sus hijos, que se daban banquetes con carne humana y se iniciaban en orgías».

«A esos padres, asesinos de seres inocentes, determinaste perderlos por mano de nuestros padres. Para que recibiese una digna colonia de hijos de Dios esta tierra, ante Ti la más estimada de todas. Pero a estos como hombres los perdonaste, y enviaste tábanos como precursores de tu ejército, para que poco a poco los exterminaran... Pero castigándolos poco a poco les diste lugar a penitencia, no ignorando que era el suyo un origen perverso y que era innata su maldad, y que jamás se mudaría su pensamiento.

«Que era semilla maldita desde su origen, y no por temor de nadie dilataste el castigo de sus pecados. Pues ¿quién te dirá: Por qué haces esto, o quién se opondrá a tu juicio, o quién te

llamará a juicio por la pérdida de naciones que tu hiciste, o quién vendrá a abogar contra Ti por hombres impíos? Que no hay más Dios que Tú, que de todo cuidas, para mostrar que no juzgas injustamente. Y no hay rey ni tirano que te pueda pedir cuentas de tus castigos.

Siendo justo, todo lo dispones con justicia y no condenas al que no merece ser castigado, pues lo tienes por indigno de tu poder».

Nueva amonestación a los israelitas

«¡Escucha, Israel! Estáis hoy para pasar el Jordán y marchar a la conquista de naciones más numerosas y poderosas que tu; de grandes ciudades, cuyas murallas se levantan hasta el cielo; de un pueblo numeroso, y de elevada estatura, los hijos de Enac, que ya conoces y de quienes has oído hablar: ¿Quién podrá resistir contra ellos? Has de saber desde hoy que Yahvé, tu Dios, irá Él mismo delante de ti, como fuego devorador, que Él los destruirá, los humillará ante ti y tú los arrojarás y los destruirás pronto, como te lo ha dicho Yahvé.

No digas luego en tu corazón, cuando Yahvé, tu Dios, los arroje de ante ti: Por mi justicia me

ha puesto Yahvé en posesión de esta tierra. Por la iniquidad de esos pueblos Yahvé los arrojará ante ti. No por tu justicia ni por la rectitud de tu corazón vas a entrar en posesión de esa tierra, sino por la maldad de esas naciones las expulsa Yahvé delante de ti; para cumplir la palabra que con juramento dio a tus padres Abraham., Isaac y Jacob. Entiende que no por tu justicia te da Yahvé, tu Dios, la posesión de esa buena tierra, pues eres un pueblo de dura cerviz (Dt. 9,1-6).

Josué, los Jueces y los reyes

Todo Israel con la ayuda de Dios, pasó en seco el Jordán, siguió conquistando Jericó y otras ciudades. Advertiremos que los nombres de la tierra prometida a Israel tiene estos:

—*Tierra de Canaán*, porque allí habitaron los cananeos.

—*Palestina*, por haber habitado antes los filisteos.

—*Tierra de Israel*, porque allí se establecieron los israelitas, y hoy está formado en ella el «Estado de Israel», y

—*Tierra Santa*, porque en ella nació, vivió, murió y resucitó Jesucristo.

1.º *Hechos realizados por Josué* fueron estos: 1) Distribuir la tierra conquistada entre las doce tribus; 2) colocar el Tabernáculo de la Alianza en Silo, que vino a ser centro religioso de Israel, y 3) reunir en Siquem todas las tribus e inculcarles la observancia de los mandamientos de Dios, y habiendo obtenido de ellos la promesa de que serían fieles a Dios, murió apaciblemente a los 110 años de edad.

2.º *Los Jueces de Israel*. Estos fueron varones extraordinarios elegidos por Dios, después de la muerte de Josué, para defender a su pueblo contra los opresores extranjeros. Entre los quince Jueces que menciona la Biblia, se destacan:

—*Gedeón*, que venció a los madianitas con 300 soldados (Jue. 6,8).

—*Sansón*, hombre de fuerza extraordinaria (Jue. 13).

—*Samuel*, que fue el último Juez de Israel. (Puede verse su vida en el libro primero de Samuel).

Después de la muerte de Josué y repartida por éste la tierra, aún quedaron entre las tribus cananeos, y por no ser enérgicos en expulsarlos, como Dios le había dicho, y por ser ellos muchas veces infieles a Dios, por eso fueron entregados

en manos de sus enemigos para ser castigados; mas cuando se volvían a Dios con sincero arrepentimiento, entonces se compadecía de ellos y les suscitaba un juez que fuera su libertador.

3.º *Los reyes de Israel.* A los jueces sucedieron los reyes. Estos fueron: Saúl, David y Salomón.

1) *Saúl* fue el primer rey de Israel. Gobernó al principio conforme a la ley de Dios, pero poco a poco su corazón se apartó de los mandamientos de Dios y de los consejos de Samuel, y Dios lo desechó. A Saúl le sucedió David, por el que había de venir la descendencia del Mesías.

2) *David* era un pastor israelita, muy piadoso, de corazón noble, de la tribu de Judá... Sus hechos principales fueron estos: Venció al gigante Goliat, conquistó la ciudad de Jerusalén y la convirtió en capital del reino, e hizo un tabernáculo para Dios en Jerusalén, al que trasladó el Arca de la Alianza, y preparó materiales para que su hijo Salomón construyera el Templo...

David fue grande por sus cualidades de rey, pero se dejó arrastrar de sus pasiones y pecó. Dios le hizo ver su pecado por medio del profeta Natán y Dios le perdonó, porque se arrepintió e

hizo penitencia. Entre los muchos salmos que compuso se destaca el 50 (51), y exclamó: «Apíate de mi, Señor, según tu gran misericordia»...

3) Salomón. Después de la muerte de David, le sucedió en el gobierno su hijo Salomón, que una vez proclamado rey, pidió a Dios la sabiduría y prudencia para gobernar a su pueblo, y su oración agradó a Dios y le colmó de sabiduría y riquezas abundantes. Entre las obras grandes que realizó y la que más gloria le dio fue la construcción del Templo al norte de la ciudad de Jerusalén.

Salomón fue el rey más glorioso de Israel, porque hizo de Israel, pequeño país, un poderoso estado; pero al final de su vida se dejó alucinar por las riquezas y mujeres paganas e idólatras que corrompieron su corazón, y provocó el descontento del pueblo y esto condujo a la división del reino, y a su muerte quedó dividido en dos: *Israel y Judá*.

Breve resumen histórico de los dos reinos

—*El reino de Israel*, que tuvo por capital a Samaría, duró dos siglos y medio y fue regido

por 19 reyes, que fueron todos malos desde el punto de vista religioso. Este reino cayó el año 722 antes de Cristo.

—*El reino de Judá* que tuvo por capital a Jerusalén, duró algo más, hasta la cautividad de Babilonia (año 586 a.C.) y fue ocupado por 20 reyes todos del linaje de David y progenitores del Mesías. Varios de ellos dejaron mucho que desear, si bien algunos, como Asá, Josafat, Ezequías y Josías, fueron verdaderamente fieles a los mandamientos de Dios. Su último rey fue Sedecías.

Los reyes de ambos reinos, así como el pueblo, se fueron apartando progresivamente del verdadero Dios para entregarse a la idolatría, y se debilitaron por guerras externas e internas entre ambos.

Dios suscitó profetas en estos reinados, y por «hacer lo malo a los ojos de Dios» y no escuchar las apremiantes exhortaciones que Él les hizo por medio de ellos, les anunció grandes castigos y, con toda claridad, el destierro.

Dios les habla por medio de los profetas

Dios sigue amando a los israelitas y no quie-

re abandonarlos, y por eso les envía profetas para que les hablen en su nombre. Ellos les recuerdan por un lado el gran amor de Dios, y por otro su mal comportamiento, y les invitan a la conversión, recordándoles la promesa de un Salvador.

Los profetas, al quedar, a la muerte de Salomón, dividido el reino en dos: unos fueron enviados al reino del Norte, y otros al reino del Sur, el que tenía por capital a Jerusalén, y como rehusasen convertirse continuaban amenazándolos con castigos a la vez que les invitaban a la penitencia.

Así el profeta Jeremías se lamenta diciendo: *«No hay quien hable rectamente, nadie que se arrepienta de su maldad, diciendo: ¿Qué es lo que he hecho? Todos corren hacia el mal... La cigüeña en el cielo conoce su estación; la tórtola, la golondrina, la grulla guardan los tiempos de sus migraciones, pero mi pueblo no me conoce...»* (Jer. 8,6-7).

Con una expresión semejante exclama el profeta Isaías: *«¡Oíd cielos! ¡Escucha, tierra! ¡Que habla Yahvé! Yo he criado hijos y los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra Mí. Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero mi pueblo no entiende, no tiene conocimiento...*

También el profeta Oseas previendo castigos a causa de la corrupción de su tiempo, exclama: *«¡Oíd palabra del señor!..., pues Él entra en juicio con los habitantes del país, porque no hay verdad ni misericordia, y no hay conocimiento de Dios en la tierra. Perjuran, mienten, matan, roban y adulteran, hacen violencia, y un homicidio sigue a otro... Mi pueblo perece por falta de conocimiento...»* (Os. 4,1-4).

Grave es la acusación del profeta: «No hay conocimiento de Dios», porque donde no hay conocimiento de Dios, no hay fe; donde no hay fe, no hay moral, y donde no hay moral se derrumba toda sociedad humana.

«¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad!... Os habéis apartado de Yahvé...», y a pesar de tanta infidelidad, el Señor sigue compadeciéndose y les invita a la conversión, para que eviten los grandes castigos y les dice: *«Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien...»* (Is. 1,16-17).

Dios les echa en cara su ingratitud

Así les habló por el profeta Jeremías: *«Me acuerdo de la piedad de tu juventud... y cómo os saqué del país de Egipto y os conduje por el desierto y os introduje en una tierra fértil, para que comierais sus frutos y sus bienes, pero vosotros cuando entrasteis, contaminasteis mi tierra... y los depositarios de la ley me desconocieron y los reyes se rebelaron contra Mi... Mi pueblo ha cambiado su gloria por lo que nada vale y por eso he de entregar en juicio con vosotros... Pasmaos cielos de esto, y horrorizaos, dice el Señor, porque dos maldades ha cometido mi pueblo: Me han abandonado a Mi, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, cisternas rotas que no pueden retener el agua...*

»Reconoce y advierte cuán malo y amargo es apartarse de Yahvé, tu Dios, y haber perdido mi temor... En vano os he castigado, vuestros hijos no aceptaron la corrección... (Cap. 2).

»Conviértete, apóstata Israel, oráculo de Yahvé, no apartaré mi rostro de vosotros, porque soy misericordioso, no es eterna mi cólera. Reconoce, pues, tu maldad, pues contra Yahvé, tu Dios, has pecado (Jer. 3,12-13).

»¡Qué necio es mi pueblo! No me ha conoci-

do, son hijos insensatos, que no tienen inteligencia. Son sabios para el mal, ignorantes para el bien (4,22).

Ellos rehusan aceptar la corrección, no quieren convertirse... se están multiplicando los crímenes, se aumentan sus apostasías... Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. ¿No me temeréis a Mi? dice el Señor. ¿No temblaréis ante Mi, que he puesto al mar por límite o muro las arenas, y he dicho: «Hasta aquí llegarás y no puedes traspasarlas».

«Temamos a Yahvé, nuestro Dios, que da las lluvias tempranas y tardías a su tiempo, semanas fijas para la siega. Vuestras iniquidades han trastornado este orden, vuestros pecados os han robado el bienestar» (Cap. 5).

Si realmente enmendáis vuestra conducta, si no andáis tras otros dioses, si dejáis de pecar, entonces os dejaré habitar en este lugar, sino será destruido como lo fue el santuario de Silo, que fue profanado por el pueblo y especialmente por los hijos de Helí, Ofni y Finés... y os arrojaré de mi presencia... ¿Creéis ofenderme a Mi con esta manera vuestra de proceder? Más bien os ofendéis a vosotros mismos, porque sobre vosotros vendrán los castigos... (Cap. 7).

Todos los males que han sobrevenido a Israel, como a otras naciones de la tierra, han sido por su culto idolátrico y sus abominaciones y pecados.

El destino tremendo de Israel

Este destino se lo hace ver el profeta con la rotura simbólica de una vasija de barro. Así dijo Yahvé:

«Anda y toma una vasija de barro, obra del alfarero y lleva contigo algunos de los ancianos del pueblo y de los sacerdotes, y sal al valle del hijo del Hinnom, delante de la puerta de la Alfarería, y pronuncia allí las palabras que Yo te diré. Dirás, pues: Escuchad la palabra de Yahvé, reyes de Judá y habitantes de Jerusalén. Así dice Yahvé, el Dios de Israel: He aquí que traeré sobre este lugar males que a cuantos los oigan les retiñirán los oídos, por haberme dejado a Mi y ofrecer incienso a otros dioses y edificar altares a Baal y quemar en ellos a vuestros hijos como holocausto a Baal.

Por eso este lugar se llamará «Valle de la mortandad», y en este lugar caerán vuestros cadáveres, y tendrá tal hambre que llegaréis a

comer la carne de vuestros hijos en días en que te cercarán tus enemigos.

(Y esto se cumplió con motivo de los asedios: el primero por Nabucodonosor, año 587 a. C., y el segundo lo hicieron los romanos en el año 70 d. C.).

Una vez que le digas esto, le dijo el Señor: Romperás la vasija a vista de todos, y les dirás: Así romperé Yo a este pueblo y a esta ciudad, como se rompe un cántaro de alfarero, sin que pueda volver a componerse. Por no haber escuchado mis palabras vendrá sobre vosotros los males con que Dios os ha amenazado (Cap. 19).

Anuncio de la cautividad. «*Durante veintitrés años os llevo anunciando la palabra de Yahvé y no la habéis escuchado. Os envió Yahvé todos sus siervos, los profetas, una y otra vez, y tampoco les escuchasteis, no les disteis oídos cuando os decían: Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras, y habitaréis la tierra que Yahvé os dio a vosotros y a vuestros padres por eternidad de eternidades..., pero no me escuchasteis... Por eso esta tierra será ruina y desolación, y servirán las gentes estas al rey de Babilonia setenta años. Y al cabo de setenta años, yo pediré cuentas al rey de Babilonia y a la na-*

ción aquella de sus maldades, y a la tierra de los caldeos..., y les daré el pago conforme a sus maldades (Cap. 25).

Palabras de Amós a las tribus del Norte

Las palabras de este profeta van dirigidas especialmente a aquellos ricos y magnates entregados al vicio y al pecado y hacían perecer al pobre, y les decía: *«¡Ay de los que viven tranquilos en Sión y confiados en el monte de Samaría!... Duermen en divanes de marfil y se tienden sobre sus lechos; comen corderos del rebaño y novillos sacados del establo, beben vino en copones sin compadecerse del pobre... Por eso este hato de disolutos irán al destierro, a la cabeza de los deportados... (6,1 ss).*

Oid esto, los que os tragáis al pobre y hacéis perecer a los humildes de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el novilunio para que vendamos el trigo, y el sábado para que abramos el granero? (En esos días no podían abrirlos, y los avariciosos y mezquinos comerciantes se sienten irritados cuando tienen que suspender los negocios en estos días festivos y así estaban

empobreciendo más al pobre... y hasta falseaban las balanzas para engañar (Cap. 8,4).

Por eso les dice el Señor que terminarán convirtiéndose en duelo sus fiestas.

Hambre de la palabra de Dios. Dios amenazó a su pueblo con el destierro y grandes castigos por no cumplir su santa Ley; pero terminó amenazándole con un castigo más terrible: el pueblo andará errante de una parte del país a otra, de mar a mar, o sea, del mar Muerto al Mediterráneo, del norte incluso al occidente, buscando por medio de algún profeta un oráculo o palabra de Yahvé, mas no lo logrará. Como dice el salmista: «*Mi pueblo no oyó mi voz, no me obedeció, y lo abandoné a su obstinado corazón, que siguiera sus pareceres*» (Sal. 80,12-13).

No hay mayor castigo que esa libertad que tanto defienden hoy algunos. Dios los dejaba entregarse a sus vicios y concupiscencias, como los paganos de manera que cosechasen frutos muy amargos (Rom. 1,28).

Por eso dice el Señor por el profeta: «*He aquí que vienen días, dice el Señor, en que enviaré hambre sobre la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras de Yahvé.*»

En aquel día desfallecerán de sed las donce-

llas y los jóvenes, que juran por el pecado de Samaría (Este pecado de Samaría es el culto del becerro de Betel. Jeroboán había establecido otro becerro en Dan).

Terrible castigo el que cayó sobre Israel mandándolo al destierro, hasta llegar a decir el Señor: «*Tengo sobre ellos mis ojos para mal, no para bien*» (9,4).

Triste suerte de los últimos reyes de Judá

—*Joacaz* (por otro nombre *Sellum*), hijo de Josías, reinó tres meses, y luego fue llevado cautivo a Egipto y allí murió.

—*Joaquín*, que sucedió a su hermano Joacaz, reinó once años en Jerusalén e hizo lo malo a los ojos de Dios, y por haberse rebelado contra Nabucodonosor, fue llevado cautivo a Babilonia, y después de estar un año prisionero, le concedió libertad para volver a Jerusalén con la condición de estarle sujeto, pero no fue obediente, y una horda de caldeos y asirios invadieron el reino y lo mataron tirando su cuerpo a un basurero, y así se cumplió la profecía de Jeremías: «*No te lamentarán, no te llorarán... Será enterrado como*

un asno; le arrastrarán y le arrojarán fuera de las puertas de Jerusalén» (22,18-19).

—*Jeconías* (Joaquín II) sucedió a su padre Joaquín y en los tres meses que estuvo en el torno hizo también lo malo a los ojos de Dios. Entonces Nabucodonosor resuelto a acabar con los revoltosos de Judá, llevó prisionero a Jeconías, a su madre y príncipes, y se cumplió la profecía de Jeremías, que *«sería llevado a otro país, en que no nacisteis y allí moriréis, sin poder volver a esta tierra que anhelaréis volver»* (22,25-27).

¿Por qué son arrojados el rey Jeconías y su linaje, dice el profeta, y llevados a un país que no conocían?... Sois llevados al exterminio porque no habéis obedecido a mis mandatos y por no querer convertirse y seguir en el camino de la maldad...

Sedecías, último rey de Judá

Este rey, hombre débil e infiel, así como el pueblo, no quisieron oír las palabras que Yahvé había pronunciado por boca del profeta Jeremías. Al decirles en nombres de Dios que no resistieran a los caldeos y se entregasen a ellos, si querían salvar sus vidas, porque Jerusalén caería sin

remedio en poder del ejército de Babilonia (38,2-3), ellos tomando a mal estas palabras, se dijeron: *«Este hombre no procura el bienestar del pueblo, sino el mal»*, y lo metieron en una cisterna llena de lodo, y luego por intercesión de un etíope que habló con el rey, lo mandó sacar para que allí no muriese.

Sedecías fue entonces a entrevistarse con Jeremías y le dijo: *«Quiero preguntarte una cosa: no me ocultes nada. Jeremías le dijo: Si te la digo, ¿no es cierto que me quitarás la vida? Y si te doy un consejo, no me vas a escuchar»*.

Hizo entonces el rey Sedecías a Jeremías secretamente este juramento: *«Por la vida de Yahvé, que nos ha dado la vida, que no te daré muerte y que no te entregaré en mano de esos hombres que buscan tu vida»* (38,16).

Díjole Jeremías: Así dice Yahvé: Si te pasas a los generales del rey de Babilonia, salvarás tu vida y esta ciudad no será abrasada, y vivirás tú y tu casa». El rey temió que si se pasase, los generales le entregarían a los judíos pasados a ellos y lo matarían.

El profeta le aseguró que no sería así... Total que el rey se resistió en la ciudad, resistencia heroica hasta que el hambre los acosó y fue abierta

una brecha en la ciudad, por la que entraron los generales del rey de Babilonia... y Sedecías y los suyos huyeron y en las llanuras de Jericó fue apresado y llevado ante Nabucodonosor, quien lo sentenció y mandando traer a sus hijos, los mató en presencia de Sedecías y luego le sacó a éste los ojos y cargado de cadenas lo condujo a Babilonia, y la ciudad fue abrasada, como le había dicho Jeremías...

Sedecías estuvo encarcelado hasta el día de su muerte (52,11). Y así se cumplió la profecía de Ezequiel, que dijo en nombre de Dios: *«Yo le haré llevar a Babilonia, tierra de los caldeos; pero no la verá y allí morirá»* (Ez. 12,13).

Palabras de Jeremías en el vacío

Los capitanes de las tropas de los judíos que quedaron en Jerusalén y todo el pueblo, chicos y grandes, dijeron a Jeremías: *«Séate acepta nuestra petición... Que Yahvé tu Dios nos de a conocer el camino que debemos seguir y lo que hemos de hacer»*.

El profeta les respondió: «Yo consultaré al Señor, y os comunicaré, sin ocultaros nada». Al cabo de diez días fue dirigida la palabra de Dios

a Jeremías, y convocado el pueblo, les dijo:

«Así dice Yahvé, el Dios de Israel, a quien me habéis enviado para presentarle vuestra súplica: Si permanecéis tranquilos en esta tierra, Yo os edificaré y no os destruiré, os plantaré y no os arrancaré, pues me pesa ya el mal que os he hecho. No temáis al rey de Babilonia, al cual tenéis tanto miedo, no le temáis, dice Yahvé; pues estoy con vosotros para salvaros y libraros de su mano. Yo os seré propicio, de modo que él tenga compasión de vosotros.

Si no dejáis vuestro proyecto de ir a Egipto y habitar allí, moriréis al filo de la espada y de hambre y de peste (Jer. 42,10 ss).

Insistió el profeta diciéndoles que no fueran a Egipto, porque de lo contrario la maldición de Dios caería sobre ellos y serían objeto de execración y no volverían a Jerusalén... Y al fin, después de estos consejos saludables, terminaron desobedeciéndole y Dios también terminó exterminándolos, porque no obedecieron las órdenes que les había dado por el profeta.

Fin de los reinados de Israel y de Judá

En la Biblia leemos: *«Salmanasar, rey de*

Asiria subió contra Oseas y éste se le sometió... y le pagó tributo... En el año noveno de Oseas, el rey de Asiria tomó a Samaría y a los habitantes de Israel los llevó cautivos a Asiria...» (2 Rey. 17). Esto sucedió el año 722 antes de Cristo.

Los deportados de los judíos que empezó con Joaquín, rey de Judá y con Jeconías, terminó el año once del reinado de Sedecías (A. 586). El Señor había advertido a Israel y a Judá por sus profetas y videntes, diciendo: *«Apartaos de vuestros malos caminos: observad mis mandamientos»*, pero ellos no quisieron escuchar cuanto les decía Dios por sus profetas... ¿Cuál, pues, fue la causa, la ruina o destierro de Israel: *«Esto sucedió porque los hijos de Israel habían pecado contra Yahvé, su Dios»* (2 Rey. 17; y 2 Rey. 24,3 ss).

¿Cuál fue la suerte de los desterrados?

Por la Biblia sabemos que los reyes de Israel arrastraron a su pueblo a la idolatría y al cerrar los oídos a la voz de Dios que les hablaba por sus profetas, fueron duramente castigados.

1) *El reino de Israel*. Con la deportación de las diez tribus de Israel con su rey Oseas a Asiria,

tuvo lugar la caída de Samaría y del reino que formaban. Sargón, que sucedió en el mando a Salmanasar, rey de Asiria, dice en sus anales que deportó a 27.290 israelitas de Samaría a la misma Asiria, en donde poco después se le sublevaron, pero al fin fueron sometidos y esparcidos a continuación por Mesopotamia y Media, y al desierto territorio de Samaría, donde se quedaron muy pocos proletarios, trasladaron colonias de inmigrantes de Babilonia y de otras diferentes regiones de su imperio, formándose así una raza, parte israelita y parte extranjera, que tomó el nombre de «samaritanos», los cuales vinieron a ser objeto de odio por parte de los judíos (2 Rey. 17).

La mayoría de los israelitas deportados se desparramaron y fueron dispersos entre las gentes hasta el día de hoy. Este reino desapareció al ser llevadas cautivas a Nínive las diez tribus, y haberse dispersado desde allí por todas las partes del mundo.

2) El reino de Judá. El año 588 antes de Cristo la ciudad de Jerusalén (que ocupaba el primer puesto en la historia del pueblo judío) y el templo de Salomón cayeron bajo los golpes del enemigo por permisión de la justicia divina.

El reino de Judá, al igual que el de Israel, había sido infiel a Dios, y por haber pecado contra Él, fue dispersado y llevado cautivo a Babilonia.

La profecía de Jeremías de que allí permanecerían setenta años de cautiverio se cumplió, y con los desterrados Dios quiso que tuvieran profetas para mantener pura su fe y firme la esperanza en Él.

La visión de Ezequiel

El profeta Ezequiel fue deportado el año 597 a Babilonia con el rey Joaquín y un día, como él dice: *«Levantándome el Espíritu de Dios entre la tierra y el cielo, me llevó en visión divina a Jerusalén... y me hizo ver las grandes abominaciones y cosas vergonzosas de los que las cometían y decían: «Yahvé no nos ve, Yahvé ha abandonado esta tierra» y ante tantas abominaciones y profanaciones del templo..., vio como fue puesta por marca una Tau en la frente de los hombres que gemían y se lamentaban a causa de todas las abominaciones que se cometían en la ciudad...»*

Así como la sangre del cordero pascual libró

en la esclavitud de Egipto del ángel exterminador, así esta señal de la letra Tau, que era antiguamente la señal de la cruz, libró a los marcados con ella.

Todos los demás hombres impíos que habían contaminado la Casa del Señor y eran blasfemos, perecieron... y a Ezequiel le dijo el Señor que a los dispersos y que había enviado lejos entre las naciones, les serviría de santuario y les daría un espíritu nuevo para que sigan sus mandamientos y los recogería de nuevo y los volvería a Jerusalén.

Restauración parcial de las tribus de Judá

Las dos tribus de Judá y Benjamín fueron llevadas cautivas a Babilonia por Nabucodonosor, y después de setenta años que estuvieron allí cautivas, regresaron a Jerusalén el año 536 antes de Cristo, en virtud del edicto de Ciro, rey de Persia, a quien movió el Señor para que los dejara salir. También les prometió ayuda devolviéndoles los vasos sagrados que Nabucodonosor había robado al templo al llevarlos cautivos.

La expedición de cincuenta mil judíos, que partieron de Babilonia, fue acaudillada por

Zorobabel, que ejercía las funciones de Gobernador, y por Josué, el sumo Sacerdote. Los que regresaron animados por sus jefes, especialmente por Esdras y Nehemías, así como por los profetas Ageo y Zacarías, reconstruyeron el Templo y la ciudad, cuyas obras terminaron el año 515.

Hemos de advertir que del destierro de Babilonia sólo volvieron los de las tribus de Judá y Benjamín, y no todos, sino aquellos «*cuyo espíritu despertó el Señor*», esto es, a los que Él tocó el corazón (Esd. 1,5).

A partir del destierro los israelitas serán llamados «judíos», por ser principalmente de la tribu de *Judá* (y de aquí el nombre de *Judea*). Hemos de advertir que la restauración de las tribus de Judá y de Benjamín —en su retorno a Jerusalén— fue muy pobre y precaria; pues, como leemos en los libros de Esdras y especialmente en Nehemías (9,36-37), se consideraron siempre esclavos en Palestina, y de hecho lo fueron de los persas (a. 538-332) y de los griegos (332-323); y luego de los Tolomeos de Egipto (323-198) y los seléucidas de Siria (198-142), y aunque tuvieron cierta independencia por espacio de 80 años con los Macabeos (142-63), mas tarde les vemos esclavos y tributarios de los romanos (63

a. C. al 70 d. de C.), y desde entonces los judíos de Jerusalén han seguido llorando su suerte junto al muro de las Lamentaciones y pidiendo la liberación anunciada por los profetas, la cual no ha tenido aún *una realización plena, como lo iremos viendo a la luz de las diversas profecías bíblicas, que aún no se han cumplido.*

Y ¿qué diremos de las diez tribus que fueron llevadas a Asiria por Salamanasar? Según algunos historiadores, unos de los componentes de estas tribus fueron a Rusia, otros a Mongolia, otros a Tartaria y China..., y desde entonces no han tenido restauración alguna. Esto lo confirma la Biblia y el testimonio de Flavio Josefo y otros historiadores más.

Citaré solamente el testimonio de Flavio Josefo, historiador judío del siglo I de nuestra era, en su libro Antigüedades Judaicas I,1, dice: «Las diez tribus de Israel no volvieron jamás del destierro, y continúan en la dispersión, sólo las de Judá y Benjamín fueron sometidas por los romanos...». (Véase otros testimonios en mi libro: «Israel y las profecías»).

Judea pierde su independencia

Pompeyo, capitán de los ejércitos romanos, el año 63 antes de Cristo, penetró en Judea, tomó Jerusalén, y así se convirtió en provincia romana.

Cuando Judea perdió la independencia que había tenido con los Macabeos, cayeron, pues, los judíos bajo el poder de los romanos. Estos dejaron allí por rey a Herodes, y como gobernador romano a Poncio Pilato.

Entonces se cumplió la profecía que dice: *«No se apartará el cetro de Judá, ni de entre sus pies el bastón de mando, hasta que venga Aquel a quien pertenece y obedecerán los pueblos»* (gén. 49,10). Este versículo contiene la profecía mesiánica vinculada a Judá. El cetro es símbolo de autoridad y supremacía, la que ejerció sobre las otras tribus o hasta la venida del Mesías. Esta profecía siguió vinculada a David (2 Sam. 7,13 ss).

Dios había ido preparando a su pueblo por medio de los profetas, pero los israelitas no siempre comprendieron el significado espiritual del Mesías. Muchos de ellos, especialmente los partidos religiosos de aquella época —fariseos y

saduceos—esperaban un jefe temporal y glorioso y que los libraría de sus enemigos terrenos y los aplastaría... y no un Mesías que padece...

En la Biblia leemos: *«Dios, después de haber hablado antiguamente muchas veces y de muy diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas, últimamente en estos días nos habló a nosotros por su hijo..., por quien también hizo el mundo»* (Heb. 1-2). El mismo Dios que habló a los judíos por los profetas en el Antiguo Testamento, es el mismo que habla ahora a todos, a ellos y a nosotros, porque ha querido hacerse hombre y habitar entre nosotros.

¿Cuál es el Mesías prometido al pueblo de Israel?

En el Antiguo Testamento antes de la venida de Jesucristo, se anunciaba un futuro Mesías, un enviado especialísimo de Dios que había de salvar a los hombres, y hay profecías que nos dan numerosos y minuciosos detalles de su vida, y por lo mismo lo que dicen los profetas siglos antes del Mesías se cumple en Jesucristo, el Jesús de Nazaret, y por consiguiente Él es el Mesías, y, como veremos, también es Dios, el cual

vino con el fin de salvar a todos, a judíos y gentiles.

Jesús de Nazaret vino a la tierra en tiempo en que era emperador de Roma César Augusto, y nació en el país donde vivía el pueblo de Dios, que entonces se llamaba Palestina, hoy Israel.

Jesucristo es la figura central de la Biblia y de la Historia. Las profecías del Antiguo Testamento convergen en Jesucristo y en Él se cumplen, y éste es un hecho ciertísimo. Basta comparar el Antiguo con el Nuevo Testamento. San Jerónimo, que vivió mucho tiempo en Belén, decía: Los judíos al leer el Antiguo Testamento, leen a Cristo, pero no lo entienden... y es que el A. T. no se puede comprender bien si no se lee juntamente con el Nuevo. Todo el Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo, y el A. T. está patente en el Nuevo.

Bien podemos decir que de nadie se ha escrito su vida antes de nacer, nada más que de Jesucristo, pues su vida está ya contenida en las profecías del A. T., y por eso Él decía a los judíos: *«Investigad las Escrituras..., en ellas son las que están dado testimonio de Mi»* (Jn. 5,39). *«Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos»*. (Lc. 24,44).

Profecías mesiánicas y su cumplimiento en Jesucristo

Jesús es el Salvador que Dios había prometido a los Patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob..., y Él es el Mesías que venían anunciando los profetas.

1) *En Gén. 12,2-3* vemos que Dios hace una promesa a Abraham, unos 2.000 años antes de Cristo, al decirle: «*EN TI serán benditas todas las naciones...*», y luego en el N. T., en Gál. 3,16, refiriéndose al Génesis dice: «*EN TI, en uno de tus descendientes, que es Cristo serán benditas todas las naciones*».

Jesucristo realmente desciende (según la carne) de la raza de Abraham, de la tribu de Judá y de la casa de David; las mismas turbas le aclamaban con este nombre: «*Jesús, hijo de David*» (Mt. 1,1-16; Mc. 11,9-10); ...y al decir Él a los judíos: «*¿Qué pensáis de Cristo? ¿de quién es hijo? Dijéronle: De David*» (Mt. 22,42-43).

2) *Su nacimiento. Miqueas, 5,2* (profecía escrita unos siete siglos antes) dijo nacería el Mesías en Belén de Judá, y en Mt. 2,3-6, vemos que al preguntar Herodes dónde había de nacer, los príncipes de los sacerdotes y escribas contes-

taron: *«En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta».*

3) *En Isaías, 7,14*, (ocho siglos antes) dice que nacería de una madre virgen y llevaría el nombre de Emmanuel, y lo vemos cumplido en Mt. 1,22-23: *«Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta que dice: He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel».*

4) *Zacarías*, (cinco siglos antes) dijo que Jesús entraría en un asnillo triunfalmente en Jerusalén, y esta profecía se cumplió el domingo de Ramos, pues así lo dice el evangelista: *«Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta»* (Mt. 21,4-5).

5) *También Isaías* (61,1-2) habló de la misión del Mesías, y luego Jesucristo en la sinagoga de Nazaret se aplicó a sí mismo la lectura de esta profecía en la que dice que ha sido enviado a predicar el Evangelio, dar vista a los ciegos, etc., y terminó diciéndole: *«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»* (Lc. 4,21).

También este profeta habla claramente de la pasión de Jesucristo en el cap. 53 y al leer la Pasión en el Evangelio, vemos su cumplimiento.

6) *En el Salmo (21,22-29)*, lo que dijo David mil años antes, lo vemos cumplido en Jesucristo, pues en Jn. 19,21 leemos: *«Para que se cumpliera la Escritura: se repartieron mis vestidos y echado suerte a mi túnica»...*

7) *Milagros del Mesías*. El mismo profeta Isaías dice: *«Viene el mismo Dios y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos, etc»* (35,4-6). Y tales fueron los milagros de Jesucristo...

Más de veinte profecías del A. T. podríamos citar que se cumplen en Jesucristo, y bastan para comprender que Él no es un simple hombre, sino también Dios. Él dijo que ser Hijo de Dios y Dios verdadero como el Padre: *«Mi Padre y Yo somos uno»* (Jn. 10,30). *«Quien me ve a Mi, ve al Padre»* (Jn. 14,9). *«Este (Jesucristo) es el Dios verdadero»* (1 Jn. 5,20). Él lo demostró con innumerables milagros: dando vista a los ciegos, resucitando muertos, etc. Y su mayor milagro fue resucitarse a si mismo.

Bien pudo decir: *«Si no me creéis a Mi, creed a mis obras»*, a los milagros que estás viendo. Y para que creyeran en su misión divina, dijo al resucitar a Lázaro: *«Para que crean que Tu me has enviado»* (Jn. 11,42).

Jesucristo y los judíos

Jesús pasó unos treinta años de vida oculta en Nazaret, y después empezó su vida pública recorriendo todos los pueblos de Palestina, enseñando a sus paisanos, los judíos, la doctrina que tenían que practicar para salvarse, la que fue confirmando con innumerables milagros.

Como leemos en el Evangelio de San Mateo: *«Recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del reino y curando en el pueblo toda enfermedad y dolencia. Extendióse su fama por toda la Siria y traían a todos los que padecían algún mal, aquejados de diversas enfermedades y sufrimientos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curaba. Grandes muchedumbres le seguían de Galilea y de la Decápolis, y de Jerusalén y de Judea, y del otro lado del Jordán»* (4,23-25).

Un día de fiesta subió a Jerusalén y enseñando en el templo *«los judíos se admiraban, diciendo: ¿cómo éste no habiendo estudiado sabe letras? Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado»* (Jn. 7,15-16)... Poco después empezó a tener encuentros con los judíos, y la causa era porque Él les iba

demostrando con palabras y con milagros, que era Dios, y esto no les cabía en la cabeza, y así un día después de curar a un enfermo en sábado, dice San Juan: *«Por eso los judíos buscaban con más ahínco matarle, pues no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios»* (5,18).

Recordemos dos de las curaciones de Jesús con las que les demostró que Él era Dios y dueño del sábado. Son actuaciones que no tienen réplica:

Un día estaba Jesús en Cafarnaum..., y también estaban allí sentados fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todos los lugares de Galilea y de Judea y de Jerusalén... Estaban allí observándole, espiándole (Lc. 5,17 ss). Entonces llegaron unos, conduciendo a un paralítico..., y viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: *«Hijo, tus pecados te son perdonados»*. Al oírle estas palabras aquellos fariseos, decían en su interior: *«Este blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino Dios?»*. Mas como Jesús penetrase al momento con su espíritu esto mismo que interiormente pensaban, díceles: *¿Qué andáis revolviendo esos pensamientos en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al pa-*

ralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados: Levántate (dijo al paralítico): Toma tu camilla y vete a tu casa. La conclusión no puede ser más evidente: Hizo el milagro. Luego Jesús tiene el poder de Dios, es Dios.

Otro día, que era sábado, Jesús enseñaba en la sinagoga. *«Había allí un hombre, cuya mano derecha estaba paralítica. Los doctores y fariseos preguntaban a Jesús: «¿Es lícito curar en sábado?» y estaban acechando a ver si curaba en sábado, a fin de tener pretexto para acusarle. Jesús penetraba sus pensamientos, y dijo al hombre de la mano paralítica: Levántate y ponte en medio. Aquel se levantó y se puso en medio.*

Díceles Jesús: Tengo que haceros una pregunta: ¿Es lícito en sábado hacer bien, o no; salvar una vida, o no? Y como autorizaban en día de sábado socorrer a un animal en peligro, volvió a confundirlos con otra pregunta: «¿Quién hay entre vosotros que si tiene una oveja, y ésta se le cae en una oya, no le echa la mano para sacarla? ¿Es que un hombre no vale más que una oveja? Luego es lícito hacer bien en sábado.

Contristado por aquella ceguera tan obstina-

da, el Salvador los envolvió en una mirada de indignación. Volvióse al enfermo, que permanecía en pie, y le ordenó: *«Extiende tu mano. La extendió él, y al punto quedó la mano sana como la otra.*

Abochornados y furiosos, los fariseos salieron de allí más irritados que nunca. Su odio los llevó a buscar un apoyo en los herodianos. Reunidos unos y otros en conferencia, combinaban planes para perder al Maestro...

En otra ocasión como insistiese Jesús en demostrarles que Él era Dios, *«los judíos trajeron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondiéronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tu siendo hombre, te haces Dios.*

Decís que blasfemo, porque digo: ¿Soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, ya que no me creáis a Mi, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en Mi y Yo en el Padre» (Jn. 10,31-30).

Después mandaron alguaciles para prenderle; mas al volver sin Él, los príncipes de los sa-

cerdotes les dijeron: *¿Por qué no lo habéis traído? Respondieron los alguaciles: Jamás hombre alguno habló como éste»* (Jn. 7,44-46).

Los renteros homicidas y la ruina de Jerusalén

El pueblo amaba y seguía aplaudiendo sin cesar a Jesús por sus admirables enseñanzas y por los milagros que hacía a favor de ellos; pero los fariseos y jefes religiosos de aquella época seguían implacables contra Jesús, aquel obrero de Nazaret que sin estudios aparecía como hombre extraordinario por los nobles ideales que abrigaba y por su maravilloso poder de hacer milagros y más porque los dejaba siempre confundidos al conocer lo que pensaban en su interior...

A estos, sus más encarnizados enemigos, les propuso esta parábola:

«Un hombre plantó una viña y la cercó; la dio en renta a unos labradores y se ausentó por mucho tiempo. A su debido tiempo envió un siervo a los labradores para que le entregaran la renta de la viña; pero los labradores, después de azotarle, le despidieron de vacío. Envío todavía

a otro siervo; mas ellos a éste, después de azotarle y ultrajarle, le despidieron también de vacío. Aún volvió a enviar a un tercero, al cual mataron y también a otros muchos, de los cuales a unos los azotaron y a otros los mataron.

Entonces el dueño de la viña dijo: ¿Qué haré? ¡Les enviaré a mi hijo muy amado! Quizá a este le respetarán. Pero al verle los labradores, dijéronse unos a otros. ¡Este es el heredero! Matémosle, para que la herencia sea nuestra. Lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron.

¿Qué hará con ellos el dueño de la viña? Irá y acabará con ellos y dará la viña a otros. Al oírlo dijeron: ¡Jamás suceda así! Pero Jesús poniendo la vista en ellos, les dijo: Pues ¿no habéis leído esta Escritura?): «La piedra que rechazaron los que edificaban, esa vino a ser piedra angular. Esto ha sido obra del Señor, admirable a nuestros ojos» (Sal. 118,22).

Quisieron los escribas y los pontífices echarle mano en aquel momento; pero tuvieron miedo del pueblo, porque se dieron cuenta que contra ellos dijo esta parábola (Lc. 20,9 ss; Mc. 12,1-12).

Por entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, y les dijo: «En la cátedra de Moisés

se sentaron los escribas y fariseos. Practicad y guardad cuanto os digan; pero no los imitéis en sus obras, porque ellos dicen y no hacen». El discurso de Jesús al que pertenecen estas palabras es el más duro de todo el Evangelio y constituye una terrible denuncia contra los escribas y fariseos:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el Reino de los cielos ante los hombres porque ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los que vienen! ¡Ay de vosotros que limpiáis lo exterior del vaso y del plato, y por dentro lo tenéis lleno de inmundicia! ¡Ay de vosotros, sepulcros blanqueados... hijos de los homicidas de los profetas, colmad la medida de vuestros padres... (Mt. 23).

«¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos y no quisiste! Mirad, vuestra casa quedará desierta...» (Lc. 23,37-38).

Jesús llora sobre Jerusalén y anuncia su ruina. En la ladera del monte de los Olivos puede verse hoy una pequeña capilla, llamada «Dominus flevit» = «El Señor lloró». Desde allí se domina la ciudad de Jerusalén y en sus días se podía

contemplar el soberbio edificio del templo, que era gloria y orgullo de Israel, el cual ofrecía un aspecto brillante y deslumbrador, de tal manera que por sus piedras blancas y láminas de oro arrancaba vivísimos destellos el sol de la tarde, que a veces hacía daño a la vista, como dice el historiador Flavio Josefo (y del cual dijo Jesucristo a sus apóstoles que no quedaría de él piedra sobre piedra).

Cuando Jesús derramó lágrimas sobre la ciudad, dijo: *«¡Oh, si tu conocieras en el día de hoy lo que había de darte la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos, porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras y te estrecharán y apretarán por todas partes, y te derribarán por tierra a ti y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada»* (Lc. 19,4 s).

«Cuando veáis a Jerusalén cercada de ejércitos, conoceréis que llegó su desolación... ¡Gran calamidad vendrá sobre la tierra e ira grande contra este pueblo! Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos entre todas las naciones» (Lc. 21,20-24).

La profecía se cumplió el año 70 y por cierto

bien a la letra y tal como Jesucristo lo había profetizado.

Descripción de la toma de Jerusalén por Flavio Josefo

Este historiador judío, que fue testigo ocular de este triste acontecimiento, describió punto por punto (en sus siete libros sobre la guerra de los judíos) el cerco, el asalto y la devastación de la ciudad santa.

Dejando a un lado los hechos que precedieron a la toma e incendio de Jerusalén desde el año 66, diré que la primavera del año 70 se presentó el general Tito ante la ciudad y asentó allí sus reales. Después de haberla cercado estrechamente con trincheras y torres, empezó a sacudir con grandes arietes las murallas de Jerusalén, hasta que pudo penetrar en la parte baja de la ciudad. Después acometió la torre Antonia, situada al pie de la colina del templo, fortaleza que fue defendida heroicamente por muchos días.

Durante este tiempo se había apoderado de la ciudad el hambre con todos sus horrores. El sitio comenzó por el tiempo de la Pascua, precisamente cuando habían venido a la fiesta muchos

peregrinos, así que se hallaban en la ciudad más de un millón de hombres cuando fue cercada por el enemigo.

Los hambrientos buscaban por la noche hierbas y raíces en los campos contiguos a la ciudad, por lo que eran frecuentemente sorprendidos por los romanos, quienes los azotaban y crucificaban. Poco tiempo después, al lado del campamento de los romanos se veía como un bosque de cruces, para que los sitiados perdiesen toda esperanza de escape y se entregaran, Tito cercó toda la ciudad con una muralla, que tenía dos leguas de circunferencia.

El hambre se hizo tan terrible, que los hombres comían hasta las cosas más repugnantes, cueros viejos, heno podrido, estiércol de vaca, etc. ¡Una madre llegó a descuartizar y comer a su propio hijo! Al hambre se allegó una peste devastadora; en el transcurso de siete semanas, parte sacaron por las puertas de la ciudad, parte arrojaron por encima de las murallas unos 716.000 cadáveres.

Después de muchos asaltos fue tomada la torre Antonia; y empezó el ataque a la colina del templo. Como las arremetidas contra ésta fuesen inútiles, mandó Tito poner fuego a las puertas y

a los techos de los pórticos cubiertos con maderas de cedro; si bien cuidando de no tocar al templo, que él se proponía conservar, mas en lo revuelto del combate, un soldado arrojó una tea en el santuario, y el magnífico templo se derrumbó reducido a escombros.

El choque fue tan encarnizado, que la sangre corría a torrentes por las gradas del templo. Por fin, la ciudad alta (en el monte Sión) cayó en poder de los romanos, y cuantos a su paso encontraban los conquistadores, sucumbieron al filo de la espada: las casas con sus moradores fueron presa del fuego y reducidas a cenizas.

Dos días y dos noches estuvo ardiendo la ciudad; al tercer día era un montón de escombros. Sobre un millón de hombres pereció durante el sitio; 97.000 prisioneros fueron transportados en calidad de esclavos. Las ruinas de la ciudad y del templo estaban diseminadas como si hubiesen sufrido un terremoto.

Como Cristo había predicho, no quedó piedra sobre piedra, y los judíos desparramados por todo el mundo.

En el año 366 después de Jesucristo, el emperador romano, Juliano el Apóstata intentó reedificar el templo, para confundir la profecía

de Cristo: «*Su casa quedará desierta*», mas temblores de tierra arrojaron fuera las piedras colocadas para servir de cimientos, llamas extrañas brotaron del suelo, mataron a muchos trabajadores (gentiles y judíos) y no era posible acercarse impunemente a aquel lugar, de suerte que hubo que abandonar los trabajos. Poco después perdió Juliano la vida en una batalla contra los persas y (aludiendo a Jesús) murió diciendo: «¡Venciste Galileo!»

Los jefes del pueblo deciden la muerte de Jesús

Los enemigos de Jesús estaban ansiosos de echarle mano y quitarle la vida. Los ha confundido muchas veces. Sus muchos milagros, por otra parte, eran cada día más notorios, y uno de ellos era el que acababa de hacer: el de la resurrección de Lázaro: ¡Un muerto de cuatro días devuelto a la vida con una palabra!

Este hecho acaece a las puertas de Jerusalén y es comprobado por numerosos testigos, algunos de ellos enemigos del taumaturgo. El resultado fue que muchos de los judíos creyeron en Él, y los fariseos, envidiosos de la gran fama y

popularidad de Jesús, congregan al Sanedrín o Gran Consejo para tomar una resolución.

Se juntaron en casa de Caifás, Sumo Sacerdote y Presidente del Sanedrín y decían: «*¿Qué hacemos?. porque este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrían los romanos y destruirían nuestra ciudad y nuestra nación*». En sus mismas manos quedan condenados. Jesús hace muchos milagros; todos creen en Él... *¿Qué hacemos?*, pues ¿qué habéis de hacer, sino también creer vosotros en Él?

Entre ellos no faltan amigos de Jesús que quieren defenderle y hacen notar su prestigio y lo muy querido que es del pueblo..., pero Caifás ataja bruscamente las discusiones que tienen diciéndoles (en cierta manera inspirado sin darse cuenta): «Conviene que un solo hombre muera por el pueblo» (Jn. 18,14). Después de estas palabras y de no hallar testimonios falsos para pronunciar sentencia de condenación, se dirige a Jesús y le dice: «*Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le contestó: Tu lo has dicho. Además os digo que ya veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes*

del cielo». Entonces el pontífice rasgó sus vestiduras y dijo: Blasfemó, ¿qué necesidad tenemos de testigos? Ahora mismo oísteis la blasfemia. ¿Qué os parece? Contestaron: Reo es de muerte».

Poco antes de dejarse apresar de sus enemigos, Jesús subió con sus apóstoles a Jerusalén con motivo de la fiesta de la Pascua. Sabía que al término de este camino estaba el Calvario, y Él de propósito les anuncia claramente su Pasión:

«He aquí, les dijo, que subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas que están escritas acerca del Hijo del hombre..., porque será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas y a los ancianos; y estos le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles; los cuales le escarnecerán y escupirán, y le azotarán y le quitarán la vida; y Él resucitará al tercer día».

Todo está dicho con admirable exactitud: la traición de Judas; la sentencia de muerte dada por el Sanedrín; la entrega a los gentiles; la Pasión propiamente dicha con sus dolores y sus escarnios; la muerte; por fin la resurrección.

San Pedro, en los Hechos de los Apóstoles, exhortándolos a creer en Jesucristo, les dice: *«Ahora, hermanos, se que por ignorancia ha-*

béis hecho esto, al igual que vuestros jefes. Mas Dios ha dado así cumplimiento a lo que tenía antes anunciado por boca de todos los profetas, que su Cristo había de padecer. Arrepentíos, pues, y convertíos para que sean borrados vuestros pecados» (3,17-18).

¿Quiénes son los responsables de la muerte de Jesús?

Somos todos, porque todos hemos pecado y Jesús vino a salvar a los pecadores. En la muerte de Jesús unos tienen más culpa que otros, pues así lo dijo nuestro Señor, por cuanto atribuyó un mayor pecado a Judas y al sumo pontífice: *«Por eso el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado»* (Jn. 19,11).

—*Pecó Judas* entregando al Justo a la muerte por la avaricia.

—*Pecaron los judíos* pidieron su muerte, y especialmente los escribas y fariseos cuando por envidia contra Él lo entregaron, y cuando despiadados clamaban: *«¡Crucifícale! ¡Crucifícale!»*

—*Pecó Pilato*. Es cierto que reconoce él la inocencia de Jesús y trata de librarle, pero fue

débil, ya que estaba en su mano el condenar o soltar a Jesús, y por no perder su puesto y enemistarse con el César, terminó por entregarlo para que fuese crucificado.

—*Pecamos también todos*, todos los pecadores, pues cuando se acercaron a prender a Jesús en el huerto, después de hacerles caer en tierra, les autorizó para que se levantaran, diciéndoles: «*Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*» (Lc. 22,53), y poco antes a sus discípulos: «*El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores*» (Mt. 26,54). Todos cuantos hemos pecado somos culpables de su pasión.

Los judíos fueron instrumentos en la muerte de Jesús, pero de algún modo hemos cooperado todos, pues la responsabilidad por su muerte no pesa sobre un pueblo determinado, sino sobre toda la humanidad. Y así lo dice San Pablo: «*El mundo todo se tenga por reo delante de Dios*» (Rom. 3,19).

A este propósito dice Fulton Sheen: «La culpa por la crucifixión no puede achacarse a una sola nación, raza, pueblo o individuo. El pecado fue la causa de la crucifixión, y toda la humanidad estaba inficionada por el pecado de una manera hereditaria».

Todos, pues, hemos tomado parte en la pasión de Jesucristo, porque todos hemos pecado.

El profeta Isaías dice: *«Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo, causa de nuestra paz, cayó sobre Él, y a través de sus llagas hemos sido curados»* (Is. 53,5).

Además podíamos decir que la Pasión también fue obra de Dios. He aquí el gran misterio. El amor de Dios se sobrepuso a nuestras iniquidades y movido por su infinito amor *«entregó a su Hijo Unigénito al mundo para que el mundo fuese salvo por Él»* (Jn. 3,16). *«Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo»* (2 Cor. 5,19). Bien podemos decir cada uno de nosotros con San Pablo: *«Me amó y se entregó a la muerte por mi»* (Gál. 2,20).

¿Qué más tenemos que saber de Jesucristo?

Lo que tenemos que saber es que Él «es la clave, el centro y el fin de toda la historia humana», y «no ha sido bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse» (LG. 10). Él es, como tenemos dicho, la figura central de la Biblia, porque en Él convergen todas las profecías, las que nos dan

a conocer la historia del pueblo de Israel y su porvenir, y como nos dice San Pablo, *«el velo que existe hoy para muchos en la lectura del Antiguo Testamento, sólo con Cristo (con el estudio de su Evangelio) desaparecerá»* (2 Cor. 3,14).

Según la revelación divina, Jesucristo *«existió antes que el mundo existiera»* (Jn. 17,5). Él es la Palabra del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, es Dios como Él (Jn. 1,1-3). Él quiso venir a este mundo por medio de la Virgen María, y así aparecer como hombre entre los hombres y nos habló como Dios al decir que *«tenía todo poder en el cielo y en la tierra»* (Mt. 28,18).

Él que *«conoce cuanto conoce el Padre»* (Mt. 11,27), conoce los pensamientos de los hombres (Lc. 5,17ss) y el porvenir del pueblo judío y de todos los pueblos de la tierra, como se nos va revelando en sus profecías...

Para conocer mejor a Jesucristo estudiemos los Evangelios, y reconoceremos que Él es la suma santidad, el que pudo retar a sus enemigos: *«¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?»* (Jn. 8,46)... Él selló su vida con el milagro de su resurrección, Él sigue viviendo entre nosotros, pues *«resucitó para nunca más morir»* (Rom. 6,9),

y Él ha dicho «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos» (Mt. 28,20). «A Él la gloria por los siglos» (Rom. 11,36).

¿Qué piensa hoy el pueblo judío de Jesús?

Hemos de tener presente que Jesús, el Salvador de los hombres, pertenece a la raza judía, y que nace, crece y vive en su misma tierra, y en ella empezó a predicar un mensaje divino, y entre aquellos habitantes de Palestina elige sus apóstoles; y es más, Él quiso venir a este mundo por medio de una Virgen de la estirpe davídica.

La doctrina que Él expone se apoya en la revelación antigua, sobre la doctrina moral y religiosa encerrada en los libros del Antiguo Testamento y estudiada por los doctores judíos. Él mismo ha presentado sus enseñanzas como un complemento o coronamiento de la Ley mosaica, pues *«no vino a destruirla, sino a perfeccionarla»* (Mt. 5,17).

«Jesús vino a los suyos, pero éstos no le recibieron» (Jn. 1,11) ni le comprendieron. ¿Le entenderán en la actualidad? ¿Cómo hablan de Él?

En los primeros siglos hubo una corriente de

odio y menosprecio en el pueblo judío hacia Jesús, y hasta se forjaron leyendas infames, y todavía a fines del siglo pasado en el primer documento de los «Protocolos de Sión» aparecen declarados enemigos de la Cruz de Cristo y de su Iglesia.

En la época actual, desde que las ciencias modernas han penetrado en los círculos israelitas cultivados, varios de sus sabios se han puesto a estudiar la Historia de Jesús y han llegado a estimarlo y considerarlo como uno de sus más grandes doctores. Así historiadores tales como *Graet Weiss*...

Montefiore habla de Jesús con admiración y lo pinta ante todo como el profeta judío.

Esslow dice de Él que es la gran encarnación del espíritu del judaísmo: del profetismo, del idealismo, de la espiritualidad, del temor de Dios y de la bondad.

Klausner ha querido asignar a la doctrina del Evangelio un puesto en el judaísmo por su ética sin par, calificando a Jesús de «maestro de alta moral y maestro de la parábola de la primera línea».

Actualmente se mezcla ya en muchas partes el judaísmo y el Evangelio, y no es raro, como dice *Lindeskog*, oír el nombre de Jesús en la

predicación sinagoga moderna. Además en la actualidad hay centros de estudios judeo-cristianos.

También habla a favor de Jesús el veredicto pronunciado en un «tribunal oficioso» compuesto por cinco insignes israelitas en 1933, cerca del «proceso de la crucifixión de Jesús», pues por cuatro votos a favor y uno en contra declararon que la antigua sentencia del Sanedrín, hace diez y nueve siglos, debía ser retractada, ya que «la inocencia del inculpaado estaba demostrada, y su condena fue uno de los terribles errores que los hombres hayan cometido jamás, error cuya reparación honraría a la raza humana» (Riccioti).

El Concilio Vaticano II nos dice a este propósito: «Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo (Jn. 19,6), sin embargo, lo que en su pasión se hizo no puede ser imputado, ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy»... y deben saber que «la Iglesia, que reprueba cualquier persecución contra los hombres, consciente del patrimonio común con ellos, e impulsada, no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de

antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos».

Lo que si tenemos que decir con San Agustín, es que los judíos «leen a Cristo y no lo entienden», van como ciegos con el Antiguo Testamento en sus manos y no es posible que lo comprendan sin Cristo que es el que le da sentido. Cuando el velo, que embota sus inteligencias, sea quitado, Israel se convertirá al Señor (2 Cor. 3,12-18).

El pueblo de Israel a partir del año 70

No se puede negar que este pueblo ha sido dotado de una vitalidad misteriosa y única, manifiestamente querida por Dios, porque de otra manera no se explica, humanamente hablando, su existencia, ya que disperso entre innumerables países, su cohesión e integridad nacional y religiosa, y, aunque expuesto continuamente a persecuciones, ahora no cesa de crecer en número y poder.

Escribiendo de este pueblo el célebre Bossuet, dice: «Debiendo ellos volver un día a este Mesías que ellos han despreciado, y siendo así que el Dios de Abraham no ha agotado aún sus mise-

ricordias sobre la raza, aunque infiel, de este patriarca, ha encontrado un medio del cual no hay un solo ejemplo en el mundo, para conservar a los judíos fuera de su país y sumidos en sus propias ruinas, más tiempo aún que los pueblos que los vencieron.

Hoy no vemos ningún resto de los antiguos asirios, ni de los antiguos medos, ni de los antiguos persas, ni de los antiguos griegos, ni aún de los antiguos romanos. Se han perdido su huella, y se han confundido con los demás pueblos. Los judíos, que fueron siempre la presa de aquellas naciones antiguas tan célebres en la historia, les han sobrevivido, y Dios, al conservarlos, nos pone en la espera de lo que quiere hacer aún de las desgracias reliquias de un pueblo tan favorecido».

La destrucción de Jerusalén por Tito (año 70 de JC.) dejó disperso y casi aniquilado al pueblo judío. La revuelta del año 132 costó la vida a más de medio millón de judíos y produjo el destierro de los sobrevivientes por orden de Adriano (135)... y ahora tenemos que reconocer que es un hecho real que Israel, casi aniquilado por el poder romano, y después de veinte siglos, disperso y errante por el mundo, perseguido y maltratado,

se presenta pujante como una religión y como una nación.

El profeta Isaías nos dice: *«Dios ha castigado a Israel con la dispersión y el destierro, echándole como un soplo impetuoso, como viento solano. Así será expiada su iniquidad, y éste será todo el precio del perdón de sus pecados»* (27,8-9).

Israel seguirá viviendo y no será exterminado jamás, y así lo dice otro profeta, Jeremías: *«No temas tú, siervo mío Israel, dice el Señor, pues estoy contigo. Exterminaré a todas las naciones a donde te he dispersado, pero a ti NO TE EXTERMINARÉ, aunque te castigaré con arreglo a justicia y no te dejaré de todo impune»* (46,28)

Actualmente el pueblo disperso de Israel va viniendo del destierro y se va juntando en torno a Jerusalén conforme a las profecías, que ya iremos exponiendo.

Teodoro Herzl y David Ben-Gurión

He aquí dos personajes judíos que nos ponen de manifiesto la situación del pueblo de Israel en nuestros días.

Los judíos condenados al destierro en los diversos países del mundo han mostrado siempre propensión a vivir en un régimen propio, y lo han ido consiguiendo hasta lograr un Estado Hebreo, y actualmente, después de tantas tentativas han proclamado su independencia el 15 de mayo de 1948 con Jerusalén como capital.

Teodoro Herzl, escritor, abogado y poeta judío, de fines del siglo pasado, es el verdadero fundador de la Organización Sionista Mundial, es decir, de este movimiento nacionalista que proclamaba la necesidad de un Estado independiente a fin de buscar refugio para los hebreos y substraerse de las persecuciones antisemitas a fin de vivir en paz.

El mismo Teodoro Herzl publicó en 1896 el libro que había de hacerle famoso: «*Der Judenstaat*» (El Estado Judío). En dicha obra plantea la necesidad de crear un estado independiente, y de él son estas palabras un tanto proféticas:

«Esperamos que una admirable generación de judíos va a salir de la tierra. Los Macabeos resucitarán. Los judíos quieren tener un Estado; lo tendrán. Es necesario que vivamos al fin libres sobre nuestro propio suelo y que encontremos en

nuestra patria una suerte apacible. Nuestra libertad libertará al universo, nuestras riquezas lo enriquecerán, nuestras grandezas lo engrandecerán, y lo que intentamos allí para nuestra salud, servirá poderosamente para la felicidad de todos los hombres.»

Los anhelos de los judíos de reunirse en Palestina, su patria de origen, desde entonces fue creciendo y empezó a cumplirse la profecía de Jeremías hecha a raíz de su destierro a Babilonia: *«Yo los reuniré de todos los lugares en que los dispersé en mi cólera, en mi indignación y en mi furor. Yo los volveré a este lugar (a Jerusalén), para que en él habiten seguros»* (32,37) y empezaron las inmigraciones y se compraron campos (véase Jer. 32,6ss).

Discurso de David Ben-Gurión. Este discurso lo pronunció en la proclamación que hizo del nuevo Estado de Israel, documento ciertamente histórico y muy significativo, que sin duda coincide con las profecías bíblicas. En él invita a los judíos de todas las partes del mundo a que vengán a Palestina para formar un solo pueblo que llevará el nombre: ISRAEL.

«La tierra de Israel fue cuna del pueblo judío. Aquí se formó su personalidad religiosa, espiri-

tual y nacional. Aquí consiguió la independencia y creó una cultura de transcendencia nacional y universal. Aquí el pueblo judío escribió y entregó al mundo la Biblia.

Exiliado de la tierra de Israel, el pueblo judío continuó fiel a la misma en todos los países por los que tuvo que dispersarse, sin cesar nunca de rezar y confiar en el regreso a su país de origen y en la restauración de su libertad nacional.

Impulsados por esta asociación histórica, los judíos lucharon durante todo el transcurso de los siglos por regresar al país de sus padres y «volver a formar una nación».

En décadas recientes regresaron un buen número al solar de sus mayores, roturaron los yermos, resucitaron el idioma, edificaron ciudades y villas, y establecieron una comunidad que ha crecido sin cesar, dotada de una vida económica y cultural propia...

El reciente holocausto que devoró en Europa a millones de judíos, demostró nuevamente la necesidad del restablecimiento del estado judío, que abriría las puertas a todos los de nuestro pueblo y nos situaría en pie de igualdad entre la familia de las naciones...

El derecho del pueblo judío a proclamar su

«Estado independiente es indiscutible...». Por todo lo cual proclamamos el Establecimiento judío en Palestina que llevará el nombre de ESTADO DE ISRAEL.

Este tendrá sus puertas abiertas «para todos los judíos de todas las naciones por las cuales se encuentran dispersos» que quieran inmigrar; promoverá el desarrollo del país en beneficio de todos sus habitantes; se basará en los principios de libertad, justicia y paz según la concibieron *los profetas de Israel*; proclamará la igualdad social y política de todos sus ciudadanos, sin distinción de religión, conciencia, enseñanza y cultura...

Nosotros ofrecemos nuestra mano en paz y buena vecindad a todos los estados limítrofes y a sus pueblos, y les invitamos a colaborar.

Con la confianza puesta en Dios Todopoderoso redactamos la presente declaración en esta primera sesión del Consejo Provisional del Estado, sobre el suelo de la Patria, en la ciudad de Tel-Aviv, en la víspera del sábado, el 5 de Iyar de 5708, catorce de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho».

Este fue el discurso de Ben-Gurión, y no hay duda que Israel es el pueblo misterioso y provi-

dencial que Dios reunirá en Palestina y preparará para su conversión como dicen los profetas, pueblo al que Dios ama, y así lo dice Él por el profeta Isaías: *«Porque mucho vales a mis ojos, eres precioso y yo te amo. Por eso a cambio tuyo entrego hombres y pueblos por rescate de tu vida.*

»No temas, porque Yo estoy contigo. Desde Oriente haré venir a tu raza, y desde Occidente te recogeré. Diré al Norte: “Restituye”, y al Sur: “¡No los retengas!”. Devuelve a mis hijos de allá lejos, y a mis hijas de los confines de la tierra» (Is. 43,4-6).

No lo olvidemos: Dios está al lado de Israel y lo va preparando para grandes acontecimientos.

Reunificación de Israel

La Sagrada Escritura nos habla de una reunificación definitiva de Israel en su patria de origen, la que aún no se ha cumplido; pero ya ha tenido su comienzo, y nos admira el saber el gran desarrollo de la inmigración a partir del nuevo Estado.

León Uris en su obra «Exodo» 1961 nos da una idea de esta inmigración espontánea:

—«Acudieron a Palestina inmigrantes del Kurdistán, de Irak.

—Una tribu guerrera perdida en Aqramaut, en el protectorado oriental, se abrió camino hasta Adén luchando.

—Vinieron también de los campos de personas desplazadas de Europa.

—Salían de las mehallas de todo lo ancho de Africa del Norte: Marruecos, Argelia, Túnez y Egipto.

—Llegaban a Israel procedentes de Francia, Italia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Grecia, Escandinavia.

—En Africa del sur la opulenta comunidad judía y los sionistas más ardientes del mundo se fueron a Israel.

—Venían de China y de la India, donde se habían establecido tres mil años atrás.

—Venían de Australia, del Canadá, de Inglaterra..., de Argentina.

—Otros atravesaban desiertos abrasadores. Otros entraban en los desvencijados aviones del servicio aéreo.

—Otros llegaban apiñados en los departamentos de transportes de ganados y otros en barcos de lujo.

—Acudieron de setenta y cuatro naciones diferentes.

Los dispersados, los exiliados, los repudiados se congregaron en el único rincón de la tierra donde la palabra “judío” no era un insulto».

Con estas inmigraciones han reaccionado los árabes que empezaron alegando que ellos eran los que tenían derecho a ocupar Palestina y no los judíos por llevar en ella ocho siglos. Los judíos, en cambio, se han hecho fuertes aduciendo la posesión de la misma, desde mucho antes que llegasen los árabes a ella, por ser descendientes de Abraham. Actualmente continúan entre ellos las luchas, pero la Biblia está a favor de Israel.

Hay muchas profecías, que nos hablan del retorno definitivo de Israel, y una de ellas que ahora cito, es la del profeta Amós, que mira sin duda a este tiempo. Es ésta: *«Yo haré retornar a los cautivos de mi pueblo Israel; reedificarán las ciudades devastadas y las habitarán, plantarán viñas y beberán su vino, harán huertos y comerán sus frutos. Los plantaré en su tierra, y no volverán a ser arrancados de la tierra que Yo les he dado, dice Yahvé, tu Dios»* (9,14-15).

La inmigración judía que continúa en la actualidad, no creo se pueda poner en duda, es muy

conforme con las profecías que citaré a continuación, y los regresados estos años a Palestina de las cinco partes de la tierra son de las doce tribus, o sea, de Israel y de Judá, pues podemos comprobar que sólo las tribus de Judá y Benjamín tuvieron su restauración después del cautiverio de Babilonia y fueron pobre y parcial presagio, si se quiere, de la final que anuncian los profetas. Mas las tribus del Norte, como ya dije anteriormente, esto es, las diez que fueron deportadas a Asiria y que formaban el reino de Israel, no volvieron jamás, y han de volver conforme lo dicen las profecías siguientes, porque se refieren a ambos reinos que un día fueron deportados.

Profecías que se refieren a Israel y Judá

Notemos que las profecías que voy a citar no se refieren sólo a Judá, sino a Israel y Judá, o sea, a las doce tribus, y en la actualidad empiezan a tener su cumplimiento, y que un día será total.

—«*El Señor reunirá a los dispersos de Israel y juntará a los dispersos de Judá de los cuatro confines de la tierra...*» (Is.11,12).

—«*Hijos de Israel, vosotros seréis recogidos*

uno a uno... y vendrán los dispersos de Asiria y los fugitivos de Egipto y se posternarán ante Yahvé en el monte santo de Jerusalén» (Is.27,12-13).

—«En aquellos días se juntará la casa de Judá con la casa de Israel, y juntas vendrán de la tierra del Norte a la tierra que di en herencia a vuestros padres» (Jer. 3,18).

—«Yo mismo reuniré los restos de mi rebaño de todas las tierras en que las he dispersado, y los volveré a sus prados, y fructificarán y se multiplicarán... y suscitaré a David un vástago... y en sus días será salvado Judá, e Israel habitará confiadamente... He aquí que vienen días, dice el Señor, en que no se dirá ya ¡Vive Yahvé que sacó a los hijos de Israel de Egipto!, sino ¡Vive Yahvé que sacó y trajo a la estirpe de la casa de Israel del país del Norte y de todos los lugares donde lo había dispersado, para que habiten de nuevo su propia tierra» (Jer.23,3-9).

Entonces se verificarán prodigios semejantes a su regreso a Palestina, como cuando salieron de Egipto, porque así Dios lo dispone, según el profeta Isaías. Y el Señor *«abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedaron de Asiria, como lo abrió para Israel el día de su salida de Egipto» (11,16).*

—«*He aquí que vienen días —oráculo de Yahvé— en que haré volver los desterrados de mi pueblo Israel y Judá, y los haré volver a la tierra que di a sus padres y la poseerán. Estas son las palabras que ha pronunciado Yahvé sobre Israel y Judá... No tiembles, Israel, porque voy a liberarte de la tierra lejana, y a tu descendencia de la tierra de cautividad. Jacob tornará y vivirá tranquilo y seguro, sin que nadie le perturbe, porque Yo estoy contigo, dice el Señor*» (Jer.30,3-4.10).

—«*Así dice Yahvé, el Señor: he aquí que Yo sacaré a los hijos de Israel de entre las naciones adonde fueron y los recogeré de todas partes y los llevaré a su tierra y haré de ellos una sola nación...*» (Ez.37,21).

—«*Yo los plantaré en su propio suelo; y no volverán a ser arrancados de la tierra que Yo les he dado, dice Yahvé, tu Dios*» (Amós 9,15).

El profeta Oseas nos habla de una restauración final de las diez tribus y es la única, según la Biblia, que han de tener desde su destierro por Salmanasar y Sargón a Asiria. San Jerónimo al interpretar las palabras de este profeta, dice expresamente que se deben referir a los últimos tiempos.

Dios está al lado de Israel

Sabemos que Dios no ha dejado de castigar a Israel en el transcurso de los siglos por haber pecado gravemente, pudiendo decir como otro día lo dijera el profeta Jeremías: *«Por tus muchas maldades, por tus muchos pecados, te he tratado así»* (30,15); pero a pesar de tantos castigos, Dios ama a Israel, y Él lo dice así: *«Yo reprendo y castigo al que amo»* (Apoc.3,19).

A veces estamos tentados a decir: Señor, ¿cómo es posible que permitas tantos castigos sobre tu pueblo del que dices que tanto amas?

Sobre este pueblo, por no seguir el camino de los mandamientos de Dios, cayeron las maldiciones que les predijo por medio de Moisés (Dt.28,15ss): dispersión, hambre, enfermedades, persecuciones sin cuento...; culminando éstas en la persecución sangrienta desencadenada por Hitler y en la que fueron sacrificados unos seis millones de judíos.

Mas a pesar de tantos castigos, las promesas de Dios son inmutables y tenía que cumplirse la de conservarlos en medio de las naciones en que fueron dispersados y la de traerlos a su patria de origen, y por eso les anunció que los castigaría sin aniquilarlos por completo:

«En medio de tus angustias, cuando todo eso haya venido sobre ti, en los últimos tiempos, te convertirás al Señor, tu Dios, y le oirás; porque Él es Dios misericordioso. No te rechazará ni te destruirá del todo» (Dt.4,30-31).

Después de tantos castigos que han caído sobre Israel, bien podemos decir con el profeta Isaías: *«Así es expiada su iniquidad y este será el precio del perdón de sus pecados» (27,8-9).*

Grandes han sido los castigos caídos sobre Israel, pero grandísima es la predilección por él. Veamos algunas expresiones: *«Mas tu, oh Israel, siervo mío..., de la estirpe de Abraham, mi amigo. Yo te traeré de los extremos de la tierra. Yo te he escogido y no te he desechado. No temas que Yo estoy contigo; no desmayes que Yo soy tu Dios... No temas, Yo soy tu auxilio, dice Yahvé y tu Redentor es el Santo de Israel» (Is.41,8ss).*

¿Quién sabe el porvenir de las cosas? Sólo Dios: *«Anunciad lo que ha de venir (dice el profeta en nombre de Dios), para que sepamos que sois dioses...» (41,23; 44,7-8).* Sólo Dios sabe el porvenir y nos va anunciando la suerte definitiva de Israel, y hablando a éste, le dice (al modo humano): *«Un día me fatigaste con tus pecados, y me tienes cansado con tus iniquidades. Yo soy*

quien por amor de mi, borraré tus pecados y no me acordaré más de tus rebeliones» (Is.43,24-25).

El Señor muestra una gran solicitud sobre Israel y lo consuela. Mientras ellos decían Yahvé nos ha abandonado y se ha olvidado de nosotros, Él contesta: *¿Acaso puede una madre olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, Yo no os olvidaría» (Is.49,14-15).*

Esta es una expresión de la admirable ternura paterna con que Dios ama a su pueblo, y es más, ama tanto Dios a Israel, que llega a decir por el profeta Zacarías a los judíos: *«Quien os toca a vosotros, toca a la niña de mis ojos» (2,8).* No hay duda que Dios está al lado de Israel y lo ama con predilección, y la dispersión que ha sufrido y ahora la reunificación de las doce tribus, es obra de Él y todo cuanto nos dice de este pueblo, se cumplirá:

«Yo sacaré a mi pueblo de la tierra de levante y de la tierra de poniente, y los traeré y habitarán en Jerusalén» (Zac.8,7-8).

El Estado de Israel y la Guerra de los seis días

Estos son dos hechos históricos, que analizados a la luz de la Biblia, nos hablan claramente de que Dios estaba al lado de Israel.

La declaración del Estado de Israel en 1948 por Ben Gurión cuando había sólo en Palestina seiscientos mil judíos entre hombres, mujeres y niños, y le declararon la guerra Egipto y los árabes de las naciones vecinas y después de expresiones hirientes que decían que llenarían el mar de cadáveres judíos..., todo terminó en paz con un armisticio favorable a Israel.

—Sobre la «guerra de los seis días» sólo voy a copiar unas palabras de lo que dije sobre esta guerra cinco días antes de que estallara, y pueden verse en mi libro «Israel y las profecías». Cuando todos esperaban que desaparecería Israel y sus enemigos contaban con un triunfo seguro y decían: «Borraremos a Israel del mapa en 48 horas», yo me atreví a escribir (lo hice primero en el periódico local «El Correo de Zamora», el 30 de mayo de 1967: «Uno que haya visto en el mapa el territorio que ocupa el estado de Israel, compuesto de dos millones y medio de judíos, y

los países que lo rodean: Líbano, Siria, Jordania, Arabia Saudí y Egipto, y el refuerzo de Irak, Argelia, Túnez y Marruecos... ¡100 millones de árabes contra 2 millones y medio de judíos!, y además el apoyo ofrecido a los primeros, de Rusia, de China y de la India, puede preguntarse: ¿podría subsistir el pequeño Estado de Israel si todos se lanzan sobre él?

Yo contesto, a la luz de la Biblia, que es la palabra de Dios escrita: *Israel subsistirá*. A él es al único que se le asegura la supervivencia, según los oráculos de Isaías, Jeremías y Ezequiel».

Esto es lo que dije cinco días antes de que estallara la guerra, y se me criticó y me dijeron que cómo me atrevía a decir esto...; mas cuando ganaron los israelitas la guerra en seis días, cambiaron de parecer y me decían que en qué me apoyaba para decir que ganarían los judíos, mi contestación era clara: Leed la Biblia y lo comprenderéis. Jesucristo dijo: «*La Escritura no puede fallar*» (Jn.10,35).

Israel es un pueblo elegido y amado de Dios. Así, está escrito: «*Yahvé, tu Dios, te ha elegido para ser el pueblo de tu porción, entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra*» (Dt.7,6). «*Si te atacare alguno, no será de parte mía, dice*

el Señor, y quien te ataque caerá ante ti... y toda arma forjada contra ti será inútil, y cualquiera que sea la lengua que contra ti se querelle, triunfarás tú» (Is.54,15-17).

La ayuda que prometió Dios un día a Israel, se la continuará dando: *«Enviaré mi terror delante de ti y pondré en confusión a todos los pueblos contra los que vayas; a todos tus enemigos haré volver la espalda ante ti» (Ex.23,27).*

Algunos han dicho que cuando Ben-Gurión proclamó el Estado de Israel fue ayudado en su pretensión por Francia e Inglaterra y por eso ganaron entonces. A esto yo digo: No olvidemos que hay grandes promesas hechas a Israel. Dios se valdrá de los medios humanos que sean, pero al fin en sus manos está el destino del mundo. *«Los juicios de Dios son inescrutables» (Rom.11,33).* El que lea la Biblia no podrá menos de reconocer que el mundo girará un día alrededor de Israel.

Profecías que se van cumpliendo en la actualidad

Estas profecías son las que refiere el profeta

Ezequiel de los huesos secos y la instalación definitiva de los israelitas en Jerusalén.

1ª Ezequiel dice: «Fue sobre mi la mano del Señor (yo entré en éxtasis)... y me sacó fuera en espíritu y me colocó en medio de un campo que estaba lleno de huesos, y me hizo pasar junto a ellos y eran numerosísimos y enteramente secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿acaso volverán a tener vida estos huesos? Yo respondí: Señor, tu lo sabes.

Y Él me dijo: «Profetiza sobre estos huesos, y diles: ¡Huesos secos, oid la palabra del Señor! Así, dice el Señor, Yahvé, a estos huesos: Voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis... y sabréis que yo soy Yahvé.

Entonces profeticé yo, como me mandaba; y mientras yo profetizaba se oyó un ruido tumultuoso y juntáronse los huesos, cada hueso con su hueso correspondiente... y luego entró en ellos el espíritu, y vivieron y se pusieron en pie formando un ejército sumamente grande.

Entonces me dijo: Esos huesos son la entera casa de Israel. Andan diciendo: «Se han secado nuestros huesos y ha perecido nuestra esperanza, estamos completamente perdidos». Por eso profetiza y diles: Así habla el Señor, Yahvé: He aquí que

abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel, y al abrir yo vuestros sepulcros y sacaros de vuestras sepulturas, conoceréis, oh pueblo mío, que Yo soy el Señor. E infundiré en vosotros mi espíritu y viviréis, y os daré reposo en vuestra tierra; y conoceréis que Yo el Señor lo he dicho, y Yo lo hago, dice el Señor» (Ez.37,1-14).

Los judíos son como esqueletos sin vida, cuyas sepulturas son los pueblos entre los que están dispersados; un día los sacará Dios de ellas y los traerá a su patria de origen.

¿Quién no ve que esta visión grandiosa es una profecía que se está cumpliendo en nuestros días? Empezó especialmente con la proclamación del Estado de Israel y ha ido en aumento y continua en la actualidad.

2ª *Profecía* que se ha cumplido con la guerra de los «seis días» es la proferida por Jesucristo el domingo de Ramos:

«Vendrá una gran calamidad sobre esta tierra y gran cólera contra este pueblo. Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos entre las naciones, y *Jerusalén será hollada por gente extraña hasta que se cumplan los tiempos de las naciones» (Lc.21,23-24).*

En esta profecía podemos distinguir tres partes: 1) muerte por la espada, 2) deportación e instalación de sus enemigos, 3) hasta que el cumplimiento de los tiempos de las naciones.

Las dos primeras se realizaron el año 70 de nuestra era, cuando fue sitiada Jerusalén por los ejércitos romanos al mando de Tito (como ya describimos anteriormente, en cuyo asedio perecieron más de un millón de judíos, y noventa y siete mil fueron dispersos).

La tercera que se inició entonces ha durado hasta mediados de junio del año 1967, en el que Jerusalén cayó en manos de los israelitas, y en el que se logró su sueño de conquistarla.

Desde que Jesucristo pronunció esta profecía, Jerusalén ha sido hollada por los gentiles hasta nuestros días. Las invasiones de esta ciudad han sido muchas: primeramente Tito, después por Cosroas persa, Heraclio, el califa Omar, etc.; es decir, Jerusalén no ha cesado de estar bajo el dominio de los romanos, persas, sarracenos, turcos... y árabes hasta ahora que ha sido conquistada por los israelitas.

¿Qué sucederá ahora? Jesucristo dijo que Jerusalén estaría bajo los pies de los gentiles *hasta que se cumplieran los tiempos de las naciones*.

Y ¿qué significaba esta expresión «tiempos de las naciones»? Esta es una nueva era que va a comenzar. Estamos en los últimos tiempos, o bien pudiéramos decir, «final de los últimos tiempos» que serán seguidos del llamado «juicio de las naciones» (en los que Dios enviará un gran castigo sobre el mundo debido al descreimiento o falta de fe) y de la conversión del pueblo judío.

Las palabras dichas de Jesucristo hacen referencia a estas otras del profeta Daniel (30,3): *«Vociferad: ¡Desdichado día! Porque se acerca el día del Señor, el día de tinieblas, que será el tiempo de los gentiles».*

«El tiempo de los gentiles» o «tiempo de las naciones» es aquél en que apenas habrá fe en el mundo y los hombres se vayan alejando de Dios, o como comenta el escriturista Filión, «es el tiempo en que Dios se propone estallar su cólera contra todo el mundo pagano».

Judíos y gentiles

Según las Escrituras, la humanidad se divide en dos grupos: El pueblo judío o Israel y el pueblo gentil o las naciones.

Al venir Cristo a la tierra, *«tanto judíos como*

gentiles eran reos de pecado ante Dios..., pues todos se extraviaron... No había uno que hiciese bien» (Rom.2,9-12).

Dios vino a este mundo con el fin de salvarnos a todos, y así dijo: *«Id, enseñad a todas las gentes... Predicad el Evangelio a toda criatura, el que lo creyese y se bautizase, se salvará, y el que no creyere se condenará» (Mt.28,19; Mc.16,15-16);* pero tuvo cierta preferencia por los judíos *Iudaeo primum...* y a ellos quiso evangelizar primeramente y después a los demás (Mt.10,5-6; Lc.24,47).

El que fuera luego apóstol Pablo fue un judío acérrimo defensor de la ley mosaica; pero un día, él que dijo haber sido blasfemo y perseguidor de la Iglesia de Cristo, en su caída, camino de Damasco, cuando iba con el fin de encarcelar allí a los seguidores de Cristo, una luz del cielo lo iluminó... y al conocerle a Él como Mesías y Dios verdadero, dijo: *«Siento una tristeza y un dolor continuo en mi corazón, porque desearía ser yo mismo anatema de mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas...» (Rom.9,2-4).*

Penetrado de la idea que la salvación de todos estaba en el conocimiento de Cristo y su doctrina, se dedicó con todo empeño a predicar a los

judíos enseñándoles que Jesucristo es el Mesías y era Dios... El les demostraba por las Escrituras que Jesús era el Cristo o Mesías esperado *«y como ellos le contradijesen y prorrumpieran en blasfemias, sacudiendo sus vestidos, les dijo: caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza; yo no tengo la culpa. Dese ahora me voy a los gentiles»* (Hech.18,6).

Otro día, casi toda la ciudad de Antioquía de Pisidia se reunió para oír la palabra de Dios. *«Los judíos, al ver la muchedumbre, se llenaron de envidia, y blasfemando se oponían a lo que Pablo decía. Entonces Pablo y Bernabé sin contemplaciones dijeron: A vosotros teníamos que predicar primeramente la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, tenedlo entendido, nos dirigimos a los gentiles, porque así nos lo ha mandado el Señor: Yo te he puesto por luz de las naciones, a fin de que seas su salvación hasta los confines de la tierra* (Is.49,6).

Al oír esto los gentiles, se alegraban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron cuantos estaban ordenados a la vida eterna, y la palabra del Señor se divulgaba por toda la región» (Hech.13,44-49).

Los judíos se hicieron indignos del Evangelio y de pertenecer a la Iglesia de Cristo por su incredulidad y rebeldía.

Los gentiles entran en la Iglesia y obran con buena voluntad, siguiendo así el único camino de salvación: *la fe en Cristo*; mas los judíos se extravían y son rechazados por su falsa idea de la justificación, ya que no la quieren alcanzar por la fe en Cristo, creyendo su Evangelio, sino que intentan alcanzarla por sus propias obras o cumplimiento de la ley mosaica.

El *Dr. Wise*, el 22 de diciembre de 1925, pronunció sobre Jesús un discurso ruidoso en su «Sinagoga Libre», donde declaraba: «Los judíos deben aceptar la doctrina de Jesús, reconocerle por judío, estudiar su vida... La doctrina de Jesús es una frase del espíritu que nos lleva hacia Dios».

Y esta es la realidad, ya que San Pablo señala el conocimiento del Evangelio como medio para conocer a Cristo y salvarse.

Los judíos, podemos decir, no tienen disculpa, porque oyendo el Evangelio no creen en la doctrina revelada por Jesucristo (Rom. 10, 14ss). Sigue siendo un pueblo rebelde en la actualidad; pero su reprobación no es total, ni universal, ni será perpetua (Rom. 9-11).

La separación de judíos y gentiles durará hasta el fin de los tiempos, hasta la restauración definitiva de Israel, cuando «todo Israel sea salvo», porque entonces judíos y gentiles serán «Israel de Dios» o Iglesia santa.

Vendrán un día la pérdida de la fe de los gentiles y el juicio de naciones, y por la pérdida de la fe de los gentiles entrará Israel en la Iglesia, y ésta tendrá entonces su triunfo con el reinado absoluto de Jesucristo.

La conversión de Israel

Dios nos revela en la Biblia el castigo del pueblo judío y a la vez su conversión. *«Así habla Yahvé: Tu herida es incurable... Yo te he herido como hiere un enemigo con castigo cruel por tu enorme iniquidad, por tus pecados incontables... Yo te restauraré tu carne, tus heridas curaré...»* (Jer.30,12ss).

La dureza y ceguera del pueblo judío en no reconocer a Jesucristo como Mesías, es de suyo incurable; se necesita un milagro de la gracia, el cual hará Dios en su tiempo, porque Él interviene de un modo maravilloso en su favor.

«Llevaré, dice el Señor, a los ciegos por un camino ignorado, los conduciré por senderos desconocidos. Ante ellos tornaré en luz las tinieblas... (Is.43,25).

El profeta Oseas nos dice que *«al fin de los tiempos buscarán con temor al Señor, su Dios»* (3,5), y en el libro segundo de los Macabeos (2,7), que *«los reunirá en su pueblo* (cosa que se está realizando en la actualidad) *y usará con ellos de misericordia».*

Hay una profecía, la del apóstol Pablo que se relaciona con la apostasía de las naciones, y en ella se nos revela la incredulidad futura de los gentiles o pueblos cristianos que abrazaron un día la fe, y a su vez la conversión de Israel.

Profecía del apóstol Pablo

El apóstol en el capítulo 11 de la carta a los Romanos nos viene a decir que Dios no ha desechado a su pueblo y llegará el día de su conversión.

«Por el pecado de los judíos, comenta San Jerónimo, la salvación pasó a los gentiles, y por la incredulidad de los gentiles volverá a los judíos». Por tanto, la ceguera temporal que padece

Israel durará el mismo tiempo de perseverancia de los gentiles en la fe.

Israel es el olivo de cuya raíz creció el cristianismo (la raíz simboliza a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob), y los gentiles son el olivo silvestre injertado en él. Nosotros no podemos vanagloriarnos porque pudiéramos ser cortados como lo fueron ellos, si no permanecemos en la bondad, y el día que salgan los judíos de su incredulidad, serán injertados de nuevo, y ¡cuán gran fruto darán ellos que son ramas naturales injertadas en el propio olivo!

Si el repudio de los judíos fue reconciliación del mundo, ¿qué será su readmisión sino vida de entre los muertos? Entonces sucederá que su conversión tendrá tal repercusión en el mundo entero que los gentiles no convertidos entrarán a su vez en la iglesia, y para los que quedasen, los mismos judíos serán, cual otro San Pablo, misioneros que «irían a las islas remotas que no hayan oído hablar de Dios, a anunciar su gloria entre los gentiles» (Is.66,19), terminando por entonar todos juntos un himno de eterna gratitud y alabanza al único Redentor: Cristo-Jesús, y entonces se cumplirá la profecía de un solo rebaño bajo un solo pastor.

He aquí la profecía del apóstol:

«Pues no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (esto es, los designios de Dios) para que no presumáis de vosotros mismos: Porque el endurecimiento ha venido parcialmente a Israel, HASTA QUE LA PLENITUD DE LOS GENTILES HAYA ENTRADO; entonces TODO ISRAEL SERÁ SALVO, como está escrito:

»Vendrá a Sión el libertador para apartar las impiedades de Jacob (Is.59,20). Y esta es la alianza de mi parte con ellos, cuando yo borre sus pecados» (Jer.31,33-34; 27,9).

El misterio de la conversión de los judíos es un secreto en los planes de Dios y su expectación durará *«hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado»*. ¿Qué quiere decir esta expresión? No quiere decir que *«cuando todos los gentiles hayan entrado en la Iglesia»*, porque así no se ve cuando puede llegar el día que *«todo Israel sea salvo»*, porque la cizaña estará siempre junto al trigo (Mt.13,34ss) y porque apenas habrá fe...

La expresión *«plenitud de los gentiles»* equivale a *«cuando la fe llegue a su plenitud»*, cuando no entren más gentiles en la Iglesia, o sea, cuando hayan entrado los que deban entrar y se halle formado entre ellos *«un pueblo fiel y con-*

sagrado a su nombre» (Hech.15,14). Y como «el final de los últimos tiempos» se caracteriza por la falta de fe en el mundo y está anunciado un juicio de naciones, sin duda el pueblo judío se convertirá a raíz de un gran cataclismo en el mundo, como luego diremos.

Descreimiento o falta de fe

Los «últimos tiempos» de la época mesiánica se caracterizan, según las Escrituras, por la falta de fe cristiana. *«Como hubo en el pueblo falsos profetas, así habrá falsos doctores, que introducirán sectas perniciosas, llegando hasta negar al Señor que los rescató... Muchos los seguirán en sus liviandades, y por causa de ellos será blasfemado el camino de la verdad...»*. «Y ante todo debéis saber como en los últimos días vendrán impostores, con sus burlas, escarnecedores, que viven según sus propias concupiscencias...» (2 Ped. 2,1-2; 3,3).

—*«En los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles. Porque los hombres serán amadores de si mismos y del dinero, soberbios, maldicientes, desobedientes a sus padres, impíos... calumniadores... enemigos de todo lo*

bueno... Amadores de los placeres más que de Dios. Tendrán ciertamente apariencia de piedad, pero en realidad lejos de ella» (2 Tim. 3,1-5).

«Vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conforme a sus paciones, y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas» (2 Tim. 4,3-4).

Por el exceso de maldad en los últimos tiempos «se enfriará la caridad de los muchos; mas el que perseverare hasta el fin se salvará» (Mt. 24,12-13).

Jesucristo dijo: *«Cuando vuelva el Hijo del hombre ¿hallará fe en la tierra?» (Lc. 18,8).* Este es el gran misterio que el apóstol Pablo llama de iniquidad y de apostasía (2 Tes. 2,1 ss).

«El misterio de iniquidad ya está obrando» desde el principio, en forma oculta de cizaña mezclada con el trigo, y se ve claramente como va apareciendo en nuestros días en los ambientes intelectuales y en los populares y obreros, como dijo Pío XI, y es menester reconocer que la apostasía o defección de la fe va en aumento. Esto se debe a la crisis o cambio de mentalidad cristiana del hombre y de la sociedad actual, por vivir de espaldas al Evangelio.

¿Quién no advierte hoy la falta de austeridad y de amor al sacrificio y a la cruz? Apenas se ven hombres con aspiraciones de santidad; en cambio los vemos imbuidos del materialismo y con preocupaciones constantes de diversión y de placeres terrenos... Por eso no nos debe extrañar que venga un gran castigo universal sobre el mundo.

El juicio de las naciones

Este es uno de los temas que más se repite en la Biblia; mas conviene advertir que ella nos habla de dos clases de *juicios de vivos*:

—*Un juicio particular* o castigo determinado contra una sola nación, y así vemos el anuncio del «día del Señor» contra Jerusalén, contra Babilonia, contra Egipto, etc. Estos castigos se han verificado y seguirán verificándose otros parecidos en el transcurso de la historia. Los pecados individuales se castigarán en ésta o en la otra vida; pero los sociales forzosamente será castigados en la presente.

—*Un juicio universal* o contra todas las gentes o naciones es el que tendrá lugar en el llamado «día del Señor» por excelencia, y es el que se

nos describe varias veces en los Libros Santos con carácter colectivo y social para el fin de los tiempos. A este juicio divino serán sometidos todos los hombres y todos los pueblos. Conviene advertir que el castigo es llamado bíblicamente «juicio de Dios».

La manifestación de la ira de Dios es en la Biblia una expresión equivalente a sus castigos divinos. Él no obra como los hombres, porque tiene dominio de pasión, y si de hecho castiga es porque el individuo o la sociedad son culpables. El pecado nos separa de Dios: es incompatible con su santidad (Heb. 10,29-30). De aquí que la ira de Dios y su venganza, o sea, sus castigos son efectos del pecado.

En el transcurso de los siglos ha habido grandes castigos, y vemos que Dios los ha descargado sobre Sodoma, Babilonia, Nínive, Cafarnaún, Jerusalén... por la incredulidad de sus habitantes. Y ¿no son también grandes castigos las guerras europeas sufridas y las actuales y cuantas se han sufrido en la historia? Mas al fin de los tiempos, cuando apenas haya fe en el mundo, se repetirán estos castigos: guerras, hambre, terremotos, epidemias, etc; pero habrá uno con carácter social y universal, y éste será «el juicio de naciones».

Las descripciones de algunos juicios particulares desencadenados por Dios contra los pecados de los hombres, veg. el de la destrucción de Jerusalén por los ejércitos romanos, descrita por el historiador Flavio Josefo, es algo tan terrible que causa pánico y espanto indescriptible al oír-la; pero no tiene comparación con las que la Biblia nos hace del juicio de naciones. Veamos algunas:

Profecías sobre el juicio de las naciones

En la Biblia se nos habla de un gran castigo universal con las expresiones «el día del Señor» y «el fin de los días» o «postrero de los tiempos» «el día grande del Señor», y después de decirnos que toda la tierra quedará desolada y del gran exterminio de sus habitantes, terminan diciendo que quedará un corto número, y en algunos pasajes vemos como será refugio para Israel y lo purificará, y cómo se convertirá este pueblo a raíz de este juicio universal.

«—Cerca está el día grande del señor, próximo está y llega con gran velocidad... Día de ira es aquel, día de angustia y aflicción, día de devastación y tinieblas... Yo angustiaré a los hombres, de modo que andarán como ciegos,

porque han pecado contra el Señor; su sangre será derramada como el estiércol..., pues he decretado congrega a los pueblos y juntar a los reinos para derramar sobre ellos mi indignación... Yo daré entonces a los pueblos (a los sobrevivientes) labios puros para que invoquen el nombre del Señor y le sirvan... El resto de Yahvé no cometerá iniquidad...» (Sof. 1,14-17; 3,9).

—«He aquí que el Señor devastará la tierra, y la dejará desolada, trastornará la superficie de ella y dispersará a sus habitantes. Y será del pueblo como del sacerdote, del siervo como de su amo, del comprador como del vendedor, del que presta como del que toma prestado, del acreedor como del deudor.

La tierra será devastada y saqueada del todo, por cuanto Yahvé así lo ha decretado... La tierra está profanada por sus habitantes, pues han traspasado las leyes y violado sus mandamientos, han quebrantado la alianza eterna. por eso la maldición devora la tierra, y quedará solamente un corto número» (Is. 24,1-6).

—«Tiemblen los habitantes todos de la tierra, que se acerca el día de Yahvé. Ya está cerca. Día de tinieblas y oscuridad... Que se alcen las gentes y marchen al valle de Josafat (= valle del

juicio), que allí me sentaré a juzgar a los gentiles de enderredor.. porque su iniquidad es grande. Muchedumbres, muchedumbres en el valle del juicio, porque se acerca el día del Señor..

El sol y la luna se oscurecen y las estrellas pierden su brillo. Mas el Señor será un refugio para su pueblo y una fortaleza para los hijos de Israel» (Joel 2,2:3,12-17).

—«He aquí que viene el día del Señor, el inexorable, con furor e ira ardiente, para convertir la tierra en un desierto y exterminar en ella a los pecadores... Entonces castigaré al mundo por su malicia... Haré que los hombres sean más escasos que el oro fino...» (Is. 13,9-13).

—Al fin de los tiempos... juzgará a muchos pueblos y ejercerá la justicia sobre las naciones poderosas y hasta las más lejanas... (Miq. 4,1 ss).

—En la última parte de los días... Él juzgará a las gentes... (Is. 2).

—«He aquí que se desata el torbellino de Yahvé, tempestad furiosa que se precipita y descarga sobre la cabeza de los impíos. No se calmará el ardor de la ira del Señor hasta realizar y cumplir sus designios. Vosotros los conoceréis al fin de los tiempos" (Jer. 30, 23-24).

Los últimos tiempos y el fin del mundo

Conviene advertir que «el día de Yahvé», el día de la ira, de la devastación universal, no es el fin del mundo, pues continuará sobrevivientes... De los últimos tiempos nos habla muchas veces la Sagrada Escritura. Estos tiempos que empezaron con la primera venida de Jesucristo, llegarán un día a su fin, y están caracterizados por la «falta de fe» y bien los pudiéramos llamar «tiempos de incredulidad», en los que parece hemos entrado ya.

Al final de estos tendrá lugar el «juicio de naciones», o sea, un gran castigo sobre el mundo, el que anuncian con frecuencia los profetas por vivir los hombres alejados de Dios y a espaldas del Evangelio.

Los últimos tiempos no hay que confundirlos con el fin del mundo, pues éste no vendrá pronto, pues han de pasar generaciones y generaciones. Durante los últimos tiempos tendrá lugar la apostasía o pérdida de la fe, y vendrá el castigo de que hemos hablado sobre las naciones y quedarán sobrevivientes, convirtiéndose entonces el pueblo judío, y de los supervivientes de judíos y gentiles, se formará un pueblo santo sobre la tie-

rra y se cumplirá la profecía de un solo rebaño sobre un solo pastor, apareciendo la Iglesia de Cristo en todo su esplendor y triunfo.

La conversión de Israel a raíz del juicio de naciones

El pueblo elegido de Israel ha sido castigado muchas veces por sus rebeldías, y también advertido para que no se apartase de sus mandamientos, y así pudiera evitar nuevos castigos. Un día dijo el Señor al profeta Isaías: *«Clama... haz resonar tu voz como una trompeta, denuncia a mi pueblo sus maldades...»* (8,1).

Se ve claramente que Dios quiere ante todo la conversión de Israel, y un día quiso hacerles una llamada especial al arrepentimiento por medio del mismo profeta, y así le dijo: *«Ve y di a ese pueblo: Oid y no entendáis... endurece su corazón...»* ...Dios preveía su impenitencia, y esta expresión tan dura equivalía a decirles (como otro día lo hiciera por el profeta Ezequiel) *«Predícales, aunque no te harán caso, pero así no tienen excusa, y yo descargaré mi justicia implacable sobre ellos»*.

Después Isaías, ante la misión que Dios le da,

le dice al Señor: *«¿Hasta cuándo durará la obcecación de Israel y encontrará la salvación? Y le responde: «Hasta que las ciudades queden assoladas y sin habitantes, y las casas sin moradores, y la tierra hecha un desierto. Hasta que Yahvé arroje lejos a los hombres, y sea grande la desolación de la tierra» (Is. 6,11).*

La obcecación, pues, de Israel durará hasta que venga un cataclismo o devastación de la tierra, en la cual quedará un corto número de moradores, como suelen indicar los profetas al hablar del juicio de naciones; pero el resto de Israel también saldrá purificado, como dice la siguiente profecía:

«Y sucederá que en toda la tierra (de Israel), dice el Señor, dos partes de ella serán dispersadas y perecerán, y la tercera quedará en ella. Esta tercera parte la haré pasar por el fuego, y la purificaré como se purifica la plata, y la acrisolaré como es acrisolado el oro. Ellos invocarán mi nombre, y Yo los escucharé propicio. Yo diré: Pueblo mío eres tú; él dirá: Tú eres mi Dios y Señor» (Zac. 13,8-9).

Comentando Nácar-Colunga las últimas palabras de la profecía antes citada del profeta Sofonías, dice: «El día del Señor, que el profeta

anuncia, será un juicio sobre todas las naciones, que recibirán su castigo, mientras que Israel, purificado por el cautiverio, se convertirá a Yahvé, que le redimirá».

Habrá un nuevo Israel

Después de su conversión, Israel empezará a ser otro, será «nuevo», porque en él se cumplirán plenamente las promesas que Dios le ha hecho por sus profetas, y entonces todo será nuevo, como nos dice la Escritura Santa: nueva la alianza (Jer. 31,31), nuevo el corazón y nuevo el espíritu (Ez. 36,26), nuevo David (Os. 3,4-5; Jer. 23, 5-6)..., nueva Jerusalén (Is. 2 y 66; Miq. 4), nuevos cielos y nueva tierra (Is. 65,17; 2 Ped. 3,13; etc.)...

Esto sucederá cuando los israelitas vuelvan a buscar a Yahvé, su Dios, y acudan temerosos a Él y a su bondad al fin de los tiempos (Os. 3,5); cuando todos entren en la Iglesia de Dios.

La Biblia nos habla de un «resto» o residuo de Israel que se salvará. De hecho, a la primera venida de Jesucristo se salvó ya un resto (figura

de otro que tendrá lugar al fin de los tiempos), que lo componían los apóstoles y los diversos judíos que se bautizaron entrando en la Iglesia, como podemos ver, vg. por la predicación del apóstol Pedro (Hech. 2,41;...), y así siguieron hasta que llegó el momento en que repudiaron la predicación del Evangelio que el Señor les hizo por San Pablo. Entonces, como los judíos blasfemasen oponiéndose a lo que les decía el apóstol, les dijo con valentía: «*A vosotros teníamos que predicar primeramente la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, tenedlo entendido, nos dirigimos a los gentiles*» (Hech. 13,46).

Los judíos por su incredulidad y rebeldía se hicieron indignos de entrar en la Iglesia de Jesucristo, y por eso pasó la Iglesia a los gentiles, o mejor dicho éstos entraron en ella... Ahora bien, «*los dones y la vocación de Dios son irrevocables*» (Rom. 11,29), y como Él no falta a sus promesas, los judíos (si bien dejaron *temporalmente* de ser preferidos) volverán a ser los predilectos de Dios, y esto sucederá cuando se convierta y establezca con ellos la nueva alianza, que está anunciada desde antiguo por los profetas, y que mira a los últimos tiempos (Is. 59,20).

Israel, pues, al incorporarse a la Iglesia de Jesucristo, volverá a ocupar su lugar de preferencia en la misma Iglesia.

Entonces se cumplirá también lo anunciado por el Espíritu Santo en el salmo 22(21), 28-28):

«Se acordarán y se convertirán a Yahvé todos los confines de la tierra y se postrarán delante de Él todas las familias de las gentes, porque de Yahvé es el reino, y Él dominará a las gentes».

Formación de un pueblo santo

Después del castigo que recaerá sobre las naciones, la Iglesia se purificará y en ella se integrarán los judíos, y entonces, una vez verificada la purificación de éstos, según el anuncio de los profetas, se formará de las reliquias de los gentiles y del resto de Israel un pueblo santo sobre el que reinará el Señor.

Entonces, dice el profeta Isaías: *«El trono de Israel será semilla santa»* (6,13) y *«los restos de Sión y los sobrevivientes en Jerusalén serán llamados santos»* (4,3). En aquel tiempo *«no se oirá más vivencia en tu país... los de tu pueblo todos serán justos, poseerán la tierra para siem-*

pre» (60,18-21). *«Porque como produce la tierra sus gérmes y como hace brotar el huerto sus semillas, así el Señor, Yahvé, hará brotar la justicia y la gloria ante todas las gentes»* (61,11).

Y el profeta Sofonías dice: *«Entonces volveré a dar a los pueblos labios puros, para que todos invoquen el nombre del Señor... El resto de Israel no cometerá iniquidad, no dirá mentira, ni se hallará en su boca lengua falaz. Tendrán frutos abundantes y gozarán descanso, sin que nadie los atemorice»* (3,9,12-13).

También dice el profeta Ezequiel, que después de recoger a los judíos de todos los países y llevarles a su propia tierra, purificará a los judíos: *«Y derramaré sobre vosotros agua limpia para que quedéis limpios y os purificaré de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos... y haré que sigáis mis mandamientos y observéis mis leyes, poniéndolas por obra»* (Ez.36,16 ss).

«Y entonces haré de ellos una sola nación en el país... No se contaminarán más con sus ídolos, con sus abominaciones, ni con ninguna de sus transgresiones, puesto que yo los pondré a salvo sacándolos de todos los lugares donde pecaron, los purificaré; y ellos serán mi pueblo, y Yo seré su Dios... Y habitarán para siempre en la tierra

que Yo les di, ellos y sus hijos... y haré con todos ellos una alianza eterna...» (Ez.37,22-28).

«Cumplidos los tiempos prefijados, serán restauradas o recapituladas todas las cosas de los cielos y la tierra en Cristo» (Ef.1,10). Los profetas nos anuncian un mundo regenerado y nuevo, un pueblo santo, y que hasta la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre.

De la transfiguración de las cosas creadas nos hablan Isaías (65-17) y los apóstoles Pedro (2,3,5) y Pablo (Rom.8,19 ss), y es bella esta expresión: *«Porque así como subsistirán ante Mí los cielos nuevos y la tierra nueva, que voy a crear, dice Yahvé, así subsistirá vuestra proge-nie y vuestro nombre» (Is.65,22).*

La frase «nuevos cielos» y «nueva tierra» nos señalan una transformación de las cosas creadas, y por lo mismo, después de los últimos tiempos o juicio universal de naciones, el mundo no será aniquilado, sino solamente renovado y cambiado en mejor. Como dice San Jerónimo: *«Pasa la figura, no la sustancia. No veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y antiguos mudados en mejores»*, pues sabemos que *«Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra en la que habita la justicia» (2 Ped.3,13).*

Un milenarismo paradisiaco

Después del juicio universal de naciones y formado un pueblo santo, tendrá lugar un milenarismo paradisiaco, y si a alguno no le agrada que diga un «milenarismo» (debido a que varios han caído en errores condenados por la Iglesia por no haber interpretado rectamente el pasaje de los «mil años» del Apocalipsis), dígase «época maravillosa de paz», a la que contribuirá el estar condenado o reprimida la acción de Satanás.

Entonces los judíos convertidos usufructuarán su conversión, se multiplicará la fe, tendrá un triunfo definitivo la Iglesia de Cristo y se cumplirá la profecía de un solo rebaño bajo un solo Pastor, y también las profecías referentes al reinado de Jesucristo, a la abundancia de bienes materiales: fertilidad exuberante de la tierra, longevidad, felicidad y paz en el mundo y otras muchas más que citaremos.

No faltan exégetas que hayan dicho que no se puede admitir que sobrevenga a Israel tanta grandeza de bienes temporales, pues para ellos tales promesas de orden material son como un envol-

torio o símbolo de bienes espirituales...; mas, si hemos de ser consecuentes, no podemos ir contra la exigencia del texto sagrado, que está reclamando el cumplimiento literal de lo que anuncian los profetas. Por tanto estas profecías se cumplirán.

Las razones que tenemos para afirmarlo son:

1.^a: Porque es un hecho real y público la dispersión de Israel entre las naciones, primeramente anunciada (Dt.28,64) y repetidamente por los profetas, que tenemos citados) y luego cumplida (2 Rey,14-18;24,24) y está comprobada por la historia. También es un hecho real su repatriación, y notemos que Israel vuelve de una dispersión real, y no metafórica, a una tierra no figurativa, sino geográfica, a Jerusalén, a un país determinado, a Palestina.

Ahora bien, si estos son hechos reales, ¿por qué no han de serlo igualmente las promesas que se hacen a Israel, incluso las que miran al bienestar temporal, siendo así que está anunciada para cuando los judíos sean repatriados y purificados de sus pecados?...

2.^a: Porque los profetas nos anuncian, no sólo los padecimientos de Cristo, sino también sus

posteriores glorias (1 Ped.1,10), y si las profecías sobre Cristo humilde y paciente (Is.7,14; Miq.5,2; Zac.9,9; Sal.22(21), 18;69,22; Is. 53, etc.), se han cumplido literalmente como nos los atestiguan el tiempo y la historia, ¿por qué no se han de cumplir las demás?...

3.^a; Nos la da Benedicto XV en su encíclica *Spiritus Paráclitus*, citando palabras de San Jerónimo: «Porque no es posible que tantas promesas como cantan en sentido literal los santos profetas, queden reducidas a no ser otra cosa que fórmulas vacías y términos materiales de una simple figura retórica; ellas deben, por el contrario, descansar en un terreno firme, y cuando queden establecidas sobre los cimientos de la historia podrán elevarse hasta la cumbre del sentido místico».

En consecuencia: Mi criterio es, pues, éste: que bien examinadas las profecías con sus promesas de bienestar temporal, han de tener su cumplimiento, y será para cuando Israel en masa (Rom.11,26) se convierta y sea Iglesia de Cristo, *«y se halle purificada la tierra y quede libre de la maldición a que fue sometida a raíz del pecado de nuestros primeros padres. Entonces será cuando la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre»...*

«La humanidad, como nota el Dr. Díez Macho en su «Historia de la salvación», empezó con paraíso y terminará con un retorno al estado paradisiaco, en el que el bien dominará al mal, los buenos a los malos, el Mesías a Satán: dominio total, exclusivo y perpetuo».

Promesas hechas por los profetas

A la promesa de repatriación y de liberación hecha por Dios a Israel por medio de casi todos los profetas, seguirá su conversión y luego otras promesas de paz y bienestar temporal. Vamos a enumerar algunas tal como están en la Biblia.

1. Desarme universal: época de paz

«En la última parte de los días», dicen los profetas Isaías (2,4-5) y Miqueas (4,3-4), el Señor *«juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos, y de sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán espada gente contra gente, ni se ejercitarán para la guerra...»*

El salmista también nos dice: *«Venid y ved las obras del Señor, los prodigios que ha dejado sobre*

la tierra. Él es quien hace cesar la guerra hasta los confines de la misma. Él rompe el arco, troncha la lanza y hace arder los escudos en el fuego» (45,9-10; Os.2,18).

Los profetas anuncian una época en que nunca volverá a haber guerras, y ¿quién no ve que aún están por cumplir tales profecías? La historia es testigo de que siempre ha habido guerras y cada vez más feroces y sin indicio de que los pueblos puedan entenderse definitivamente.

Notemos que esta paz relatada en la Biblia tendrá lugar «en la última parte de los días», al fin de los tiempos, cuando el Señor sea adorado y conocido como «*Dios de toda la tierra*», «*cuan-do el conocimiento de Yahvé inunde el orbe*», «*mientras no sea derramado sobre todos un espíritu de lo alto y el desierto se torne en vergel. Entonces la paz será obra de la justicia o santidad, y el fruto de la santidad el reposo y la seguridad para siempre*» (Is.32,15 ss).

2. *Se amansarán las fieras y no harán daño al hombre*

Cuando los hombres impíos hayan desaparecido, y «*la tierra se halle llena del conocimiento*

de Dios», «habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará junto al cabrito; el ternero y el leoncillo andarán juntos, y un niño los guiará. La vaca pacerá con la osa y sus crías se echarán juntas; y el león comerá paja con el buey, y el recién destetado meterá la mano en la madriguera del basilisco. No habrá daño ni destrucción en todo mi monte santo; porque la tierra estará llena del conocimiento de Yahvé, como las aguas cubren el mar» (Is.11,6-9).

Jamás se ha visto tal convivencia de animales mansos con las bestias más feroces y que están sometidas al hombre como los demás animales domésticos y que no hagan daño a nadie...; pero esta promesa será una realidad para los tiempos escatológicos que se anuncian; ¿por qué entonces? Porque en aquella época todo el mundo será purificado, no habrá impíos sobre la tierra, pues la iniquidad será destruida y todo el orbe estará lleno del conocimiento del Señor.

Entonces la paz y la justicia reinarán, y *«las criaturas, liberadas de la servidumbre de la corrupción, participarán en la gloria de los hijos de Dios»* (Rom.8,21), porque la tierra quedará libre de la maldición a que Dios la sometió por el pecado (Gén.3,17). Entonces los hombres vivi-

rán con los animales, al igual que Adán estuvo con ellos en el paraíso terrenal.

3. La nueva alianza

Esta alianza es la clave para que comprendamos el por qué de la gran paz y el bienestar que ha de seguir a la conversión de Israel debido al máximo conocimiento que todos han de tener de Dios.

De esta nueva alianza, que se relaciona con la futura salvación del pueblo judío todo entero, porque se hace referencia en ella a las doce tribus, o sea, las de Israel y de Judá, nos hablan los profetas Jeremías (cap.31) y Ezequiel (cp. 37), y es la que se contrapone a la del Sinaí, que fue violada muchas veces por culpa de la nación (Ez.16,59), y porque no la cumplieron, vinieron sobre ellos todas las calamidades hasta el destierro y la destrucción (Lev.26; Dt.28 y la profecía de Cristo sobre las ruinas de Jerusalén, Mt.24).

Veamos la nueva alianza que Dios promete hacer con su pueblo por boca de Jeremías: *«He aquí que vienen días, afirma Yahvé, en que pactaré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva... Este será el pacto que Yo concertaré con la*

casa de Israel después de aquellos días, dice Yahvé: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón y será su Dios y ellos serán mi pueblo. Y no necesitarán instruirse los unos a los otros, ni el hermano a su hermano, diciendo: «Conoce a Yahvé», pues todos ellos me conocerán, desde el pequeño hasta el mayor, dice Yahvé; porque perdonaré su culpa, y no recordaré más sus pecados» (Jer.31,31-34). El profeta anuncia una nueva alianza escrita sobre los corazones, en sustitución de la antigua escrita en piedra.

Nótese que esta profecía se dirige a ambos reinos, el de Israel y de Judá, que no han tenido su plena repatriación y restauración, y aún no se ha cumplido, por cuanto se necesitan todavía instrucción, catequesis, predicación (y la profecía dice: *«no necesitarán instruirse los unos a los otros, diciendo: Conoce a Yahvé; pues todos me conocerán»*), y como podemos apreciar, estamos muy lejos de aquel estado feliz que no habrá más necesidad de enseñanza religiosa.

4. Profecías sobre el reinado de Jesucristo

He aquí unas pocas profecías que aún no se han cumplido:

—«*Dominará de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra... Se postrarán ante Él todos los reyes y le servirán todas las gentes*» (Sal.72,8 y 11).

—«*Se acordarán y se convertirán a Yahvé todos los confines de la tierra y se postrarán ante Él todas las familias de las gentes. Porque de Yahvé es el reino y Él dominará a las gentes*» (Sal.22(21),28-29).

—«*Al fin de los días... Yo reuniré, dice el Señor, a la dispersa (esto es, a la extraviada o dispersos de Israel)... y la haré un pueblo poderoso, y Yahvé reinará sobre ellas en el monte Sión desde ahora y para siempre*» (Miq.4,6 ss).

—«*Y reinará Yahvé sobre la tierra toda, y Yahvé será único y único su nombre*» (Zac.14,9).

—«*Y entonces (después del gran juicio de las naciones) Yo devolveré a los pueblos labios puros, para que todos invoquen el nombre del Señor*» (Sof.3,9).

5. Promesas de bienestar temporal

Cuando Israel se convierta y sea purificado de sus pecados, los desiertos florecerán y ten-

drán cosechas de frutos y producción de ganados como jamás se ha conocido.

«Así dice el Señor: El día que Yo os purifique de todas vuestras iniquidades, repoblaré las ciudades... La tierra devastada será cultivada en vez de ser un desierto a los ojos de todo transeúnte. Y se dirá: La tierra que estaba desolada ha venido a ser como jardín del Edén...» (Ez.36,33-35).

—«He aquí que vienen días, dice el Señor, en que al arador le seguirá el segador, y al que pisa las uvas el que esparce la semilla; los montes destilarán mosto, y todas las colinas abundarán de fruto...» (Amós 9,13).

—«Habrá abundancia de trigo en el país hasta en la cumbre de los montes; ondeará como el Líbano su fruto y florecerán los habitantes como la hierba de la tierra» (Sal.72,16).

—«Entonces brotarán aguas en el desierto y arroyos en la tierra árida. El suelo abrasado se convertirá en estanque, la tierra sedienta en manantiales de agua, y la guarida y morada de los chacales en parque de cañas y juncos»... (Is.35,6-7).

—«Enviaré a su tiempo las lluvias, lluvias de bendición. Los árboles del campo darán fruto

y la tierra dará sus productos y vivirán en paz en su tierra» (Ez.34,26 s).

—Hay un pasaje que se repite cuatro veces en la Biblia en la que se nos habla de los árboles de la vida. Aluden al paraíso, mas en este último y nuevo paraíso no habrá árbol prohibido, y sí multitud de árboles de vida. En Ezequiel (47,12) se lee: *«En las riberas del río, al uno y al otro lado, se alzarán árboles frutales de toda especie, cuyas hojas no caerán y cuyo fruto no faltará. Todos los meses madurarán frutos, por salir sus aguas del santuario, y serán comestibles, y sus hojas, medicinales»* (Se puede leer lo mismo en Zac. 14,8; en el Apocalipsis 22,1-3; en Joel 3,18).

—*«Entonces Dios te dará la lluvia para la simiente que siembras en la tierra, y el pan que la tierra produzca será succulento y nutritivo... y en todo monte alto y en todo collado elevado habrá arroyos y corrientes de agua»... (Is.30,22 ss).*

En la época en que se cumpla lo anteriormente descrito, se verificará igualmente lo que dice el profeta: *«Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que habite otro, no plantarán para que*

recoja otro... No trabajarán en vano...» (Is.65,21-22).

Esto nos señala una época en que desaparecerá la explotación del hombre por el hombre, porque cada uno será dueño de su trabajo.

6. Longevidad de los habitantes de la tierra

En la época ya descrita, para cuando la tierra esté llena del conocimiento de Dios, *«Jerusalén será mi alegría, y mi pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores. No habrá allí niño de pocos días, ni viejo que no cumpla los suyos. Morir a los cien años será morir joven, y no llegar a los cien años será tenido por maldición... Según los días de los árboles, serán los días de mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán de la obra de sus manos., No se fatigarán en vano, ni darán a luz para una muerte prematura, sino que serán la progenie bendita de Yahvé; así ellos como sus descendientes...» (Is.65,19-24).*

«Así dice el Señor de los ejércitos: Aun se sentarán en las plazas de Jerusalén ancianos y ancianas, que por los muchos años llevarán en la mano su bastón. Las calles de la ciudad esta-

rán llenas de muchachos y muchachas que jugarán en ellas. Así dice Yahvé de los ejércitos: Si esto es difícil a los ojos del resto de su pueblo en estos días, ¿parecerá acaso imposible también a mis ojos?, dice el Señor» (Zac.8,4-8).

Los hombres ¿llegarán entonces a vivir tantos años como los patriarcas antediluvianos? Si esto parece imposible a los ojos de los hombres y cosa maravillosa, no así a los de Dios que lo anuncia.

Esta promesa está sellada con palabras proféticas de Yahvé: *«El Señor es quien lo ha dicho, dice el salmista, y es cosa admirable a nuestros ojos» (117,23).*

7. El nuevo David

La historia es testigo de que las tribus de Israel no han tenido caudillo alguno desde su dispersión, y se les promete uno para el fin de los tiempos. Entonces, y a «David, su rey».

Sabido es que con Sedecías, último rey de Judá, terminó la dinastía de David, y después de él, dice Ezequiel, que no habrá quien ciña la corona de esta dinastía hasta que venga aquél a quien pertenece (21,27).

El profeta Jeremías dice: *«Yo haré volver a los cautivos de Judá y a los de Israel y los restableceré como al principio, y los limpiaré de todas las iniquidades que contra mí se cometieron... En esos días y en ese tiempo yo suscitaré a David un renuevo de justicia, que hará derecho y justicia sobre la tierra... No faltará a David un varón que se siente sobre el trono de la casa de Israel. Y a los sacerdotes levitas no faltará tampoco un varón, que me ofrezca holocausto... todos los días».*

Según este texto, tenemos que *«para cuando Dios reúna a las tribus de Judá y de Israel y los limpie de sus pecados»* (que será al fin de los tiempos) suscitará Dios un «nuevo David» que será quien se siente sobre el trono de la casa de Israel, y un sumo sacerdote... Entonces se establecerá reino eterno y perpetuo sacerdocio. Esto se esclarecerá mejor en los textos siguientes del profeta Zacarías (6,9-15;5,6):

«Así Yahvé Sebaot: He aquí que el varón cuyo nombre es Germen, y del cual producirá germinación, edificará el templo de Yahvé, se revestirá de majestad, se sentará y dominará en su trono, y el sacerdote se sentará en su solio, y HABRÁ ENTRE AMBOS CONSEJOS DE PAZ».

«Escucha, pues, Josué, sumo sacerdote, tú y tus compañeros que se sientan delante de ti: SOIS VARONES DE PRESAGIO. He aquí que Yo hago venir a mi siervo Germen... y en aquel mismo día quitaré de la tierra la iniquidad».

A la luz de estos textos, vemos claramente que en los tiempos futuros, cuando sea borrada la iniquidad de la tierra, habrá dos potestades supremas: UN REY descendiente de David, que representa a la autoridad civil o temporal, y UN SUMO SACERDOTE. ¿Quiénes son éstos? Son los dos varones de presagio (Zac.3,6), el Zorobabel y el Josué (hijo de Josedec) *escatológicos*.

Notemos que no estarán ambas potestades reunidas en una sola persona, sino por separado, en dos personas distintas, ya que el texto distingue entre *trono* y *solio*, y entre *germen* o *vástago davídico* y el *sumo pontífice* o *sacerdote*, y además porque «entre ambos habrá consejo de paz».

Por ser, pues, dos personajes escatológicos y no uno, no vemos clara la exégesis que algunos hacen referente a Cristo. Estos textos de Zacarías (que algunos no traducen rectamente, porque quieren (identificar a ambos), merecen una atención debida, y serán clave para resolver esta cuestión.

Sabemos que en el salmo 110 el Mesías es a la vez rey y sacerdote, mientras que en el texto de Zacarías se reparte la realeza y el sacerdocio entre dos personas distintas, las que sin duda serán vicarios de Cristo, uno en lo espiritual y otro en lo temporal. Por tanto en aquella época habrá un nuevo David y un nuevo Pontífice o Papa, que tendrán su residencia en Jerusalén.

También el profeta Ageo (2,21-23) nos habla de los dos que serán supremas potestades en el reino de Cristo, y esto sucederá después que Dios haya trastornado los tronos de los reinos y destruida la fuerza del reino de las gentes... El Zorobabel histórico, que no fue más que un gobernador de Judá y tributario de los reyes de Persia, no es más que una figura pálida del que un día será el Zorobabel escatológico.

8. Jerusalén será la capital del mundo

Los profetas Isaías y Miqueas nos dicen que al fin de los tiempos, Jerusalén será el centro de las naciones. En ella, y «sobre un monte muy elevado» (Ez.40,2), estará construido el futuro templo donde el Señor será adorado y reconocido como Dios de toda la tierra, y *«todas las na-*

ciones acudirán a Él y llegarán muchos pueblos y dirán: ¡Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob! Él nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas, pues de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Él juzgará a todas las naciones» (is. 2,3-4; Miq.4)

«Extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servicio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti. Tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán ni de día ni de noche, para traerte los bienes de las gentes con sus reyes por guías al frente; porque las naciones y los reinos que no te sirvan a ti perecerán y serán exterminados...»

«A tus pies se postrarán todos cuantos te infamaron y te llamarán la ciudad de Yahvé, la Sión del Santo de Israel... Tu pueblo será un pueblo de justos y poseerá la tierra para siempre... Yo Yahvé, lo he resuelto, y a tiempo yo lo cumpliré».

«Sobre ti viene la aurora de Yahvé, y en Ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz y los reyes a la claridad de la aurora. Alza los ojos y mira en torno tuyo: Todos se reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos y tus hijas...»... (is.60).

«Entonces se llamará a Jerusalén trono de Yahvé; a ella en nombre del Señor vendrán todas las naciones y no seguirán más la obstinación de su propio corazón perverso» (Jer.3,17).

También Zacarías, posterior al destierro babilónico, escribe: *«Esto dice el Señor: me he vuelto a Sión y moraré en medio de Jerusalén, y Jerusalén será llamada la ciudad fiel, y el monte del Señor de los ejércitos, monte santo» (8,2).*

Los capítulos 54,1-55,10 de Isaías, y después 60,1-62,12, comenta Nácar-Colunga, forman un gran poema en que se describe la gloriosa restauración de Jerusalén convertida en centro de las naciones, que se sienten atraídas a ella debido a las maravillas que ven realizadas por Yahvé. El tema se encuentra con frecuencia en los profetas,

La promesa de que todos los reyes y pueblos de la tierra adorarán al verdadero Dios, no se cumplió al regreso de Babilonia, ni se ha cumplido aún, y está vinculada, como dice Santo Tomas, a la conversión de Israel (Dt.4,30; Sal.,72,11; Rom.11,25-32; Is.60,22).

En Jerusalén, después de reunir el Señor a su pueblo, seleccionando un resto, reinará en él para siempre (Miq. 4,6-8).

En aquella época final que anuncian los videntes bíblicos será cuando se cumplan también las siguientes palabras de Daniel: *«Y le fue dado el señorío, la gloria y el reino, y todos los pueblos y naciones, y lenguas le servirán. Su señorío es un señorío eterno que jamás se acabará, y su reino no será jamás destruido»* (17,14).

Este en el cual serán recogidos todos los pueblos y a cuyo rey obedecerán todas estas naciones —nótenlo bien los partidarios del sentido alegórico y que no ven más que símbolos—, tiene lugar sobre pueblos y hombres que están en la tierra, pues ejercerán el dominio sobre todos los reinos que se hallan «debajo del cielo» (Dn.7,27, y éste sin duda es el reino que enseñó Jesucristo a pedir a sus discípulos: *«Venga a nosotros tu reino»*).

Causa principal de la época paradisiaca

La Sagrada Escritura es la que nos anuncia una época admirable de paz y de santidad para cuando se convierta el pueblo judío y sean exterminados todos los enemigos de Cristo, y como el mayor de éstos es Satanás, pues desde que nuestros primeros padres sucumbieron a su engaño,

no ha habido paz en el mundo, forzosamente tenemos que decir que debido a su encadenamiento se le deberá el bienestar de la época paradisiaca, de que hemos hablado.

No hay duda que a su seducción diabólica son debidos los crímenes y los conflictos existentes, las guerras y los robos, y en una palabra el quebranta-miento de los mandamientos divinos.

Satanás siempre aparece como tentador del género humano, de las naciones y del mismo Cristo (Gén.3; Apoc.12,9; 20,2-3; Mt.4) y como sembrador del mal y toda clase de desórdenes e impugnador del reino de Cristo (Mt.13,19.39; Mt. 4,15; Jn.8.44-47; Ef.6,16; Apoc.2,9-10.13, etc.) y por eso el apóstol Pedro nos exhorta a la vigilancia y a la oración (1 Ped.5,8); mas en los últimos tiempos parece ser que Dios le permitirá mayor libertad y él multiplicará su furor *«por el poco tiempo que le queda»* (Apoc.12,12), y seguirá engañando a las gentes sembrando discordias y suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia Santa, y, antes de la conversión del pueblo judío, juntamente con las fuerzas del mal que están en acción, *«se le permitirá hacer guerra a los santos o cristianos, y vencerlos»* apa-

rentemente (Apoc.13,7), pero al llegar la invasión y últimos ataques de los Gog y Magog (representantes de todas las fuerzas anticristianas), será derrotado el seductor de las naciones, o sea, el Diablo, Satanás, la antigua serpiente, como nos dice el Apocalipsis (20,2-3), y será atado por mil años, y entonces empezará la época pacífica que anuncian los profetas.

En estos mil años (los que en lenguaje bíblico significan un período largo e indeterminado, por estar precisamente aherrojado Satanás y los malignos espíritus), no habrá guerras, sino la época floreciente de paz y de dicha admirables, ya descrita, y reinará en todas partes la santidad y será completo el triunfo de la Iglesia de Cristo.

La Biblia nos habla de esta victoria y de su reinado pacífico de Cristo para tiempos futuros. Será una época en la que los hombres vivirán santamente sobre la tierra por estar entonces toda ella llena del conocimiento de Dios (Is.11,8); y esto es lo que ciertamente nos vemos precisados a admitir.

Durante esta época quedará eliminado todo poder diabólico, y no habrá otro que el de Cristo, al fin del cual *«Él entregará el reino a Dios Padre»* (1 Cor.15,24-25).

¿Qué sucederá después de esta época paradisiaca?

Al final de la época tan maravillosa de paz y bienestar social (época que puede durar mil o miles de años), ésta se verá turbada por la acción diabólica. Así lo dice la Sagrada Escritura:

«Cuando se hubiesen cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá para extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog, a fin de reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar» (Apoc.20,7-8).

Pasada, pues, la época paradisiaca, o sea, al fin de los mil años, Satanás irá a seducir a las gentes.

¿Cuáles serán las causas que moverán a Dios

Nota: Los Gog y Magog, de que aquí se habla, son como en Ezequiel 39,2, representantes de los reinos y pueblos anticristianos, pero con esta diferencia, que los de Ezequiel se refieren a tiempos anteriores al Anticristo, porque los judíos vencedores en las guerras que han de sufrir, vueltos ya a su tierra dispondrán de los despojos del ejército de Gog y se habla de sucesos que precisan gran tiempo para desarrollarse, y los Gog y Magog de este capítulo, tendrán por lo menos mil años después, y entre su derrota y la resurrección universal no anuncia ningún otro suceso.

para poner en libertad a Satanás? Aquí no se nos dicen. ¿Será que al final de esos mil años o los miles que dure la época paradisiaca, los hombres se habrán hecho culpables de faltas gravísimas? ¿Será una nueva prueba sobre la humanidad? El hecho es que el demonio irá pervirtiendo a las gentes, y las fuerzas del mal, o sea, los Gog y Magog, atacarán a los santos y a la ciudad santa, pero Dios hará que sean devorados por el fuego que hará descender sobre ellos.

Al final de los últimos tiempos, como al final de la época milenaria no faltarán guerras crueles y se irán viendo dos ejércitos enfrentados: el del bien y el del mal; pero el triunfo definitivo será el de Cristo, como leemos en el Apocalipsis, que hará que las fuerzas anticristianas o diabólicas queden humilladas y derrotadas.

¿Vendrá luego el juicio final?

En toda la Biblia hallamos dos pasajes que nos hablan del juicio universal y final. Estos son los señalados en el Apocalipsis (20,11 ss) y en San Mateo (25,31 ss). En éste se nos dice que se verificará en la segunda venida de Jesucristo, pues dice: *«Cuando venga el Hijo del hombre en*

su gloria y con todos sus ángeles, entonces se sentará sobre su trono de gloria. Todas las naciones serán congregadas en su presencia, y separará a unos de los otros»..., a los justos de los pecadores e impíos, y nos habla claramente de la vida eterna que sigue a la presente, en la que hay premios y castigos eternos, pues termina diciendo: *«que el diablo y los impíos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna»* (Mt.25,46).

A este juicio universal precederá una resurrección también universal, pues Cristo, que tiene el poder de juzgar al mundo, nos dice; *«No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que han obrado el bien, para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal, para la resurrección del juicio»* (Jn.5,28-29).

Y hemos de tener presente que al juicio universal nos irá precediendo un juicio particular a cada uno, pues *«está establecido morir una vez y después de esto el juicio»* (Heb.9,27). *Al morir, el cuerpo volverá a la tierra de la cual ha sido formado, y el alma volverá a Dios que le dio el ser»* (Ecl.12,7). Hay, pues, otra vida después de

ésta, o la misma continuada, que es eterna. Un joven preguntó a Jesucristo ¿qué tengo yo que hacer para conseguir la vida eterna?, y Él le contestó: «*Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt.19,17). Y «*ésta es la promesa que Dios nos hizo de la vida eterna*» (1 Jn.2,25). Jesucristo nos habla en el Evangelio de un cielo o premio eterno, y así dijo: «*Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en el cielo*» (Lc.6,23).

Termino este trabajo diciendo que toda la felicidad del hombre se halla según podemos ver, a través de todos los libros de la Biblia, en el cumplimiento de los mandamientos de Dios (leer Lev.26 y Dt.28) y veremos que las bendiciones y maldiciones de Dios arrancan de su cumplimiento, y por eso a los israelitas les repetía Dios por medio de Moisés:

«*¡Ojalá cumplieseis mis mandamientos, para ser felices vosotros y vuestros hijos!*»

INDICE

Presentación	3
— EL PUEBLO DE ISRAEL. SU ORIGEN	5
— Dios habla a Abraham	5
— Historia de José	8
— Los israelitas se establecen en Egipto	11
— Moisés, libertador de Israel	12
— El pueblo de Israel en el desierto. La Alianza	15
— La felicidad de Israel y de todos los pueblos	18
— Israel, pueblo elegido por Dios	20
— Infidelidades de Israel: el becerro de oro	22
— Milagros a favor de Israel	24
— El gran castigo en el desierto	26
— Nuevo castigo, el de Coré, Datán y Abirón .	29
— Conquista de la Tierra Prometida	30
— Conquista de Jericó	33
— ¿Quiénes eran los cananeos?	35
— Nueva amonestación a los israelitas	36
— Josué, los Jueces y los Reyes	37
— Breve resumen histórico de los dos reinos ..	40
— Dios les habla por medio de los profetas	41
— Dios les echa en cara su ingratitud	44
— El destino tremendo de Israel	46
— Palabras de Amós a las tribus del Norte	48

— Triste suerte de los últimos reyes de Judá....	50
— Sedecías, último rey de Judá	51
— Palabras de Jeremías en el vacío	53
— Fin de los reinados de Israel y de Judá	54
— ¿Cuál fue la suerte de los desterrados?	55
— La visión de Ezequiel	57
— Restauración parcial de las tribus de Judá ...	58
— Judea pierde su independencia	61
— ¿Cuál es el Mesías prometido al pueblo de Israel?	62
— Profecías mesiánicas y su cumplimiento en Jesucristo	64
— Jesucristo y los judíos	67
— Los renteros homicidas y la ruina de Jerusalén	71
— Descripción de la toma de Jerusalén por Flavio Josefo	75
— Los jefes del pueblo deciden la muerte de Jesús	78
— ¿Quiénes son los responsables de la muerte de Jesús?	81
— ¿Qué tenemos que saber de Jesucristo?	83
— ¿Qué piensa hoy el pueblo judío de Jesús? ..	85
— El pueblo de Israel a partir del año 70	88
— Teodoro Herzl y David Ben-Gurión	90
— Reunificación de Israel	95
— Profecías que se refieren a Israel y Judá	98
— Dios está al lado de Israel	101
— El Estado de Israel y la guerra de los seis días	104

— Profecías que se han cumplido en la actualidad	106
— Judíos y gentiles	110
— La conversión de Israel	114
— Profecía del apóstol Pablo	115
— Descreimiento o falta de fe	118
— El juicio de las naciones	120
— Profecías sobre el juicio de las naciones	122
— Los últimos tiempos y el fin del mundo	125
— La conversión de Israel a raíz del juicio de naciones	126
— Habrá un nuevo Israel	128
— Formación de un pueblo santo	130
— Profecías hechas por los profetas: paz universal, amansamiento de fieras, longevidad... Nueva alianza, etc. El nuevo David. Jerusalén capital del mundo... ..	136
— Causa principal de la época paradisiaca	151
— ¿Qué sucederá después de esta época?	154
— ¿Vendrá luego el juicio final?	155